

ÁNGEL RUPÉREZ

ANTOLOGÍA
E S E N C I A L
DE LA POESÍA
I N G L E S A



COLECCIÓN AUSTRAL

WILLIAM SHAKESPEARE

(1564-1616)

¿Poeta, dramaturgo? ¿Se pueden separar las dos cosas en él? ¿Tiene sentido en un escritor así hacer estas diferencias genéricas que parecen establecer barreras infranqueables entre sus distintas clases de invenciones? No, en el caso de Shakespeare no tiene ningún sentido creer que el poeta sólo está representado en los sonetos y que el dramaturgo o escritor de teatro sólo en sus dramas. Todo el mundo sabe —o debiera saber— que en estos últimos se refugia una de las más grandes expresiones de lo poético de todos los tiempos. En rigor, pues, debiéramos incluir aquí fragmentos enteros de sus obras dramáticas para saborear esas cimas de la creatividad poética en las que Shakespeare es inigualable, como lo han hecho, por ejemplo, Seamus Heaney y Ted Hughes en sus estupendas antologías *The Rattle Bag* y *The School Bag*. Pero, tal vez por comodidad, hemos resuelto representar aquí a Shakespeare como autor de los portentosos sonetos, la serie más grande que en esa modalidad se ha escrito jamás en Inglaterra. Las convenciones italo-renacentistas, respetadas y usadas como marco de referencia, saltan hechas pedazos ante la creatividad grandiosa de Shakespeare, ante su imaginación verbal y, tal vez lo más importante, ante la sensación de verdad y hondura que los justifican.

Sabemos que Shakespeare fue bautizado en su pueblo natal Stratford-upon-Avon, el 26 de abril de 1564, y que se considera que nació el 23 de ese mismo mes y año. Esas incertidumbres iniciales son el anticipo o anuncio de la nebulosa que rodea su vida entera. No sabemos a qué se dedicó en los primeros años, después de casarse a los dieciocho y tener tres hijos. Tampoco sabemos nada sobre sus comienzos como escritor, ni cuándo ni en calidad de qué se introdujo en el teatro. Sabemos que estaba en Londres formando parte del mundo literario en

1592. Fue miembro principal de la compañía de lord Chamberlain, que pasó a ser la compañía del Rey con la ascensión al trono de Jaime I. Con ella mantuvo una relación fructífera y estable durante toda su carrera. Pero su familia permaneció en Stratford y fue allí donde adquirió en 1597 la casa más importante del pueblo, *New Place*, lo que sugiere que sus vínculos con Stratford eran sólidos y permanentes y también excelente su posición económica. Se debió retirar a su pueblo hacia 1610, pero seguía habiendo noticias de él en Londres hasta 1613. Murió, al parecer, el 23 de abril de 1616.

Los *sonetos* de Shakesperare fueron escritos probablemente durante la última década del siglo XVI y se publicaron en 1609 por el editor Thomas Thorpe, sin el consentimiento y el cuidado de su autor. La misteriosa dedicatoria a «Mr W. H.» ha desencadenado todo un torrente de conjeturas a las que hay que añadir las de otras personalidades aludidas en la secuencia. Sea quien sea ese destinatario, y fuera cual fuera la dimensión amorosa del vínculo, lo cierto es que los sonetos levantan todo un monumento a los complejos pliegues humanos a que da lugar el sentimiento amoroso sometido a la erosión del tiempo.

«SONETOS»

II

Cuando asedien tu frente los futuros inviernos
y caven hondas zanjas en tus prados hermosos,
tus prendas juveniles, que ahora tanto encandilan,
serán hierbajos y maleza que a nadie atraerán.

- 5 Si quisieran saber entonces dónde está tu belleza,
dónde todo el tesoro de tus días mejores,
di que en la caverna de tus ojos hundidos
estaban la vergüenza voraz y la ingente alabanza.

- 10 Muchas más alabanzas merecería tu belleza
si contestar pudieras: «Este hermoso hijo mío
cuidará de mis cuentas y evitará mi ruina»,
probando su belleza por herencia la tuya.

Sería como si en plena vejez volvieras a ser joven
y la sangre que creías helada se volviera caliente.

XV

Cuando considero que todo lo que existe
apenas si un instante conoce la perfección,

y que en este escenario nada se representa
que con secreto poder no sepan las estrellas.

- 5 Cuando observo que un mismo cielo vitorea y cuida
el igual crecimiento de hombres y de plantas;
que es ciega la juventud, y las torres son frágiles
y cualquier noble prenda se la lleva el olvido.

- 10 La sola idea entonces de esta vida inconstante
coloca ante mi vista tu esplendor juvenil
mientras la Decadencia y el Tiempo deciden
si cambian tu juventud por la sórdida noche.

Y en guerra con el Tiempo por el amor que te tengo,
mientras él te socava, yo te doy vida de nuevo.

XVIII

¿Con un día de verano deberé compararte?
Tienes tú más belleza y eres más apacible:
sacuden rudos vientos los capullos de Mayo,
lo que trae el verano apenas dura nada.

- 5 A veces con excesivo brillo arde el ojo del cielo
y a veces pierde vigor su complexión dorada
y toda belleza algún día perderá la belleza
por causa del azar o del curso del tiempo.

- 10 Pero tu eterno verano siempre será inmortal
y no dejará de ser tuya tu inaugural belleza,
ni podrá la Muerte arrastrarte a su sombra
cuando en eternos versos seas parte del tiempo.

Mientras haya quien respire y haya ojos que vean,
todo esto vivirá y a ti te dará vida.

XIX

Caído en desgracia ante la Fortuna y los hombres,
en absoluta soledad lloro mi abandono
y con mis gritos inútiles perturbo al cielo sordo
y contemplo mi suerte y maldigo mi destino.

- 5 Quisiera tener esperanzas como otro cualquiera,
mostrarme como ellos, tener tantos amigos,
desear estas habilidades o aquellos otros logros
y con lo que más disfruto no estar tan satisfecho.

- 10 Y aunque llego a despreciarme con estos pensamientos
por suerte pienso en ti y vuelvo a ser entonces
como la alondra que se aleja al amanecer
de la tierra sombría y canta himnos a las puertas del cielo.

Pues el dulce amor que recuerdo trae tanta riqueza
que en ningún caso aceptaría cambiarme por un rey.

XXX

Cuando con pensamiento silencioso y dulce
llamo a los recuerdos de la vida pasada,
lloro por la ausencia de lo que quise mío,
y con viejo dolor lamento el tiempo ido.

- 5 Enemigo del llanto, luego anego mis ojos
por los amigos muertos en noche inmemorial,
y vuelvo a llorar el amor que me hizo sufrir
y lamento la ausencia de imágenes perdidas.

- 10 Pueden dolerme entonces los antiguos agravios
y dolor tras dolor calcular tristemente
el penoso recuento de incalculables lágrimas
como si fueran cuentas que no hubiera saldado.

- 5 En el mar de la luz todos los nacimientos
buscan la madurez, donde está su corona;
contra su gloria luchan tortuosos eclipses
y a sus propios dones los desbarata el tiempo.

- El tiempo que traspasa las flores juveniles
10 y va excavando surcos en la frente lozana;
y vive de exquisiteces de la mejor verdad
y todo lo que despunta su hoz lo agradece.

Pero contra ese tiempo esgrimiré mi estilo
y, sabiendo que es cruel, elogiaré tus méritos.

LXIV

Cuando a manos del Tiempo he visto corroídos
los preciosos tesoros de épocas ya enterradas;
cuando señoriales torres he visto derrumbarse
y ser bronces eternos esclavos de la furia mortal.

- 5 Cuando he visto a los hambrientos mares
conquistar territorios en reinos litorales,
y el firme suelo derrotar a la región del agua
ganando al perder y perdiendo al ganar.

- Cuando he visto tanta majestad cambiar de suerte
10 o en pura decadencia perderse a la nobleza,
la ruina así me ha enseñado a cavilar conmigo
que llegará el Tiempo y se llevará a mi amor.

Pensar así es como una muerte: no puedo escoger
sino llorar por tener lo que temo perder.

LXV

Puesto que ni bronce, piedra, tierra o mar
pueden con su poder combatir a la muerte,
¿cómo ante esta furia se opondrá la belleza
si apenas su poder rebasa al de una flor?

- 5 ¿O cómo el dulce estío llegará a resistir
el cerco destructor de estos días hostiles
cuando las mismas rocas no son invulnerables
ni hay puertas de acero que no derribe el Tiempo?

- Oh, triste meditación, ¿dónde, ay, las joyas del Tiempo
10 encontrarán cobijo en los cofres del Tiempo?
¿O qué poderosa mano sujetará esos pies tan veloces?;
¿quién impedirá que destruya a la belleza?

Oh, nadie, salvo que ocurra este milagro
y en esta negra tinta mi amor pueda brillar.

LXXIII

En mí puedes mirarte en este mes del año
en que cuelgan de las ramas las hojas amarillas
—o ninguna, o muy pocas— y el frío las acosa
y cantan dulces las aves en ese coro en ruinas.

- 5 En mí puedes mirar las luces de aquel día
que muere en el oeste cuando se pone el sol
y al que la negra noche poco a poco se lleva,
réplica de la Muerte que todo lo enmudece.

- Puedes ver en mí destellos de ese fuego
10 que en las cenizas de la juventud habita,
como un lecho de muerte donde ha de expirar
consumido por quien fue su alimento.

Lo que tú percibiste hace tu amor más fuerte
para amar ese bien que un día dejarás.

LXXXVII

Adiós: eres muy caro para poder poseerte,
y en cuánto te valoran sabes lo suficiente;
conocer tu valor te hace sentirte libre;
mi contrato contigo ya lo he rescindido.

- 5 Pues, ¿cómo vas a ser mío si tú no lo consientes?
¿Y cuáles son mis méritos ante tanta riqueza?
Sé que no merezco que me entregues tu dones
y vuelve de nuevo a ti lo que me concediste.

- 10 Te entregas sin conocer tus verdaderos méritos
o, al entregarte a mí, sobrestimas los míos;
así tu gran regalo, que fue cálculo mal hecho,
vuelve a casa de nuevo, con juicio más certero.

Así te he poseído como un sueño que halaga:
dormido era un rey y despierto no era nada.

XCIV

Los que pueden herir y no hieren a nadie,
los que pretenden hacer y luego no hacen nada,
quienes conmueven a otros y ellos son como piedras,
fríos, inmovibles, con vagas tentaciones.

- 5 heredan todos esos los favores del cielo
y protegen del dispendio la riqueza alcanzada.
Son de sus rostros los dueños y señores,
los otros camareros de la ajena excelencia.

- La flor del verano hace dulce al verano
10 aunque viva y muera sólo para sí misma;
pero si una baja infección contrajera esa flor
parecería más digna la andrajosa maleza.

Los hechos vuelven agria la máxima dulzura.
Un lirio podrido hiede más que un hierbajo.

CVI

Cuando en la crónica del tiempo consumido
veo descripciones de personas muy bellas
y cómo la hermosura escribe grandes rimas
por los bellos caballeros y aquellas damas muertas,

- 5 entonces en el blasón de la máxima belleza
—manos, pies, labios, ojos, frente—
veo que el antiguo escritor pretendía expresar
una belleza igual de la que tú eres cima.

- 10 Así aquellas alabanzas no son más que presagios
del tiempo tuyo y mío y a ti te prefiguran;
y puesto que te miraban con ojos adivinos
aún no tenían el arte para cantar tus méritos.

Pues quienes miramos ahora nuestro tiempo
tenemos los ojos pero no la lengua que te exalte.

CVII

Ni mi propio temor, ni el alma que es profeta
del vasto mundo en sueños de cosas que vendrán
pueden saber la duración de mi amor verdadero,
como si fuera una deuda pagable a plazo fijo.

5 La luna mortal ha soportado eclipses
y se ríen los augurios de sus tristes presagios;
la incertidumbre ahora confirma su corona
y proclaman la paz eternas ramas verdes.

10 Con la gotas ahora de este tiempo balsámico
mi amor parece nuevo y la Muerte me suscribe
pues, a su pesar, sobreviviré en estos versos
mientras impone su ley sobre mudos y sordos.

Y tú encontrarás tu monumento en mis versos
mientras pasan tumbas de bronce y cimeras de tiranos.

BEN JONSON

(1572/3-1637)

Nació en o cerca de Londres, y quedó huérfano de padre al poco de nacer. En su juventud trabajó como albañil acompañando a su padrastro, y fue soldado en Flandes, en donde mató a un contrincante en un combate de tú a tú. Fue detenido y encarcelado por su participación como actor en la representación de una obra satírica acusada de calumniosa. En 1588 volvió a matar a un actor en un duelo. Durante el encarcelamiento se hizo católico, pero más tarde volvió al redil anglicano. Hizo las veces de primer «poeta laureado» y en consecuencia recibió una provechosa pensión por parte del rey Jaime I. Jonson fue un personaje clave de su época, con una popularidad inmensa, y fueron sus amigos, además de Shakespeare, al que idolatró, Donne, Bacon y Chapman.

Actor y dramaturgo principal de su época, fue también un excelente poeta con una profunda y determinante formación clásica (tradujo en verso *El arte poética* de Horacio) y ejerció una influencia constante en sus inmediatos seguidores, los llamados *Cavalier poets*. El clasicismo de la voz de Jonson no obstruye la flexibilidad de sus registros, que van desde los más elegíacos a los deliciosamente festivos, pasando por los agudamente satíricos.

Jonson se preocupó mucho por ver publicados sus escritos y en 1616 aparecieron sus *Obras*, en las que había una sección que antologaba sus poemas favoritos con el título *The Forest*. Una edición póstuma posterior, de 1640-1641, añadió muchos más poemas con el título *The Underwood*.

A LA MEMORIA DE MI AMADO ESCRITOR
WILLIAM SHAKESPEARE
(Fragmentos)

Vuelve, Shakespeare mío; ni junto a Chaucer
o Spenser te daré alojamiento ni pediré a Beaumont
que se aparte un poco para hacerte a ti un sitio.
Eres tú monumento que carece de tumba
5 y todavía estás vivo mientras vivan tus libros
y sepamos leerlos y también alabarlos.
[...]
Todo poeta nace, pero también se hace.
Así fuiste tú. Mira cómo las facciones paternas
perviven en un hijo; así brillan con esplendor
10 en sus bien alineados y torneados versos
la mente de Shakespeare y todos sus estilos:
son como lances cada uno de ellos
para blandir la espada contra ignaros semblantes.
¡Dulce cisne de Avon! ¡Qué ojos no te vieran
15 de nuevo en nuestras aguas y volar
como lo hiciste en las riberas del Támesis!
Pero espera, convertido en una constelación,
veo que estás ya en las altas esferas.
Brilla tú, astro de los poetas, y con pasión
20 o influencia reprueba o vitorea este bajo escenario
que, desde que te fuiste, sería noche enlutada
y día compungido de no ser por la luz que llega de tus libros.

A MI PRIMER HIJO

Adiós, hijo mío, mi tesoro y mi alegría.
 Fue mía la culpa por esperar de ti tanto.
 Durante siete años te he tenido y pago el precio,
 forzado por tus hados, el día de tu muerte.
 5 Ojalá, ay, dejara de haber pobres, pues,
 ¿por qué lamentar lo que más se desea?
 ¿Haber huído a tiempo de la carne y el mundo,
 y, si no de otras miserias, al menos sí del tiempo?
 Descansa en dulce paz y, si te preguntaran, contesta
 10 que aquí yace Ben Jonson, mi más excelsa obra.
 Para ti serán en adelante todas mis oraciones
 porque a nadie amo tanto como te quiero a ti.

INVITACIÓN A CENAR A UN AMIGO

Señor mío, esta noche, tanto mi esposa y yo
 por igual deseamos vuestra compañía.
 No somos dignos de vuestra presencia
 pero vuestra valía dignificará la fiesta
 5 y se añadirá vuestra gracia a la de los que vengan
 y haréis que sea algo que todos recuerden.
 Son los invitados, señor, y no los manjares,
 quienes hacen una cena entretenida y perfecta.
 Y, no obstante, tendrás, para halagar al paladar,
 10 olivas, alcaparras y una buena ensalada
 acompañando al cordero; y patiocortas gallinas
 a poder ser llenas de huevos, y después
 limones, y una salsa de vino; y además un conejo
 (no dejará de haber: no faltará el dinero).
 15 Y, aunque escaseen las aves, vendrán los empleados
 y no se caerá el cielo: alondras sí tenemos.
 Te diré más, y mentiré y vendrás:
 habrá, de ser posible, perdices y faisanes

y becadas y puede que también otras aves.
 20 Habrá distintos juegos y leeremos
 fragmentos de Tácito, Virgilio y Tito Livio
 o de cualquier otro escritor que amemos
 para conversar mientras dure la cena.
 Y aseguro que no se repetirán los versos.
 25 Seguro que habrá frutas y queso digestivo,
 pero lo que mi Musa y yo siempre preferimos
 es una pura copa de vino de Canarias,
 que ahora está en la taberna, pero que será mío.
 Si lo hubieran probado Anacreonte u Horacio
 30 habrían durado sus vidas tanto como sus obras.
 El néctar, exquisitas bebidas o la fuente de Tespis,
 comparado con él, sólo son mala cerveza.
 Aunque con moderación, con libertad beberemos,
 y no habrá a nuestro lado malvados confidentes
 35 ni nuestras copas harán culpable a nadie.
 Pero, cuando nos despedamos, seremos inocentes
 como cuando vinimos. En nuestra mesa alegre
 nadie hará comentarios que al día siguiente
 provoquen tristeza o que puedan amenazar
 40 la libertad de la que hemos gozado esta noche.

A WILLIAM ROE

Estás a punto de partir, William Roe, dulce nombre,
 para conocer hombres y costumbres, climas y países,
 y poder escoger lo mejor de todos ellos
 y hacerlos un país tuyo, igual que sangre tuya.
 5 Suave como el aliento de los dulces besos
 irá contigo el viento, y pueden allí las metas
 como aquí los comienzos probar su reencuentro
 en un círculo que no tendrá rival y será siempre dulce.
 Así que cuando, felices con tu regreso, te veamos
 10 volver con tus primeros pensamientos,

unos a otros nos podremos decir:

«Éste es el buen Eneas que atravesó los fuegos
y el mar, y tormentas y tempestades. Quiso ir al infierno
y ha vuelto sano y salvo. Ha sido un buen viajero».

AMOR Y MUERTE

- Aunque soy joven, y no puedo decir
qué es lo que son el Amor y la Muerte,
he oído decir que los dos llevan dardos
cuya diana preferida es siempre el corazón.
5 Y he oído decir igualmente que el Amor
hiere con fuego y con hielo la Muerte.
Así que temo que los dos sean lo mismo:
extremos que se tocan.
- Igual que ante unas ruinas imaginamos
lo que se desmoronará o caerá,
10 o que nuestra vida encontrará su final
por el resplandor de un rayo o una ola:
así la flecha o el hierro al rojo vivo del Amor
pueden matar tan pronto como la fría Muerte.
15 Excepto al fuego del Amor, debe la virtud
aprender a espantar al hielo de la tumba.

JOHN DONNE

(1572-1631)

El suceso más determinante de la biografía de Donne fue el catolicismo de su familia, especialmente de su madre, emparentada por su segundo matrimonio con Tomás Moro, el primer mártir de la intolerancia anglicana. Algunos datos: el tío de Donne, Jasper Heywood, traductor de Séneca, fue arrestado por sus vínculos con los jesuitas y el propio hermano de Donne, Henry, murió en prisión en 1593 después de haber sido condenado por haber dado cobijo a un sacerdote católico.

Pero Donne no quiso incrementar el número de damnificados católicos de su propia familia y acabó convirtiéndose en un renombrado jerarca de la Iglesia anglicana en Londres: de ahí sus famosos sermones tan contrapuestos a su obra más jovial, cínica y festiva de su juventud. Hay, por tanto, dos Donne, biográficamente separados por su *sacerdocio*, como hay dos poetas entregados a pasiones radicalmente distintas: está, por un lado, el Donne de sus poemas y canciones, cuyo radio de acción temático es el amor visto desde un ángulo de enredadas pasiones y alambicados sentimientos, y está, por otro, el Donne religioso, cuyo interés máximo es dialogar con Dios y refrendar las limitaciones de la vida humana.

Antes de ser pastor de almas, Donne tuvo una vida como mínimo arriesgada, que sorprende si la ponemos sobre el telón de fondo de su vida posterior. Formó parte de la expedición que saqueó Cádiz en 1596 y acompañó a Raleigh en la misión pirata de secuestrar y robar en las Azores a los barcos españoles cargados de tesoros (sus poemas «The Storm» y «The Calm» conmemoran esos viajes).

Su matrimonio clandestino con Ann More, sobrina de Thomas Egerton, de quien Donne era secretario, supuso la pérdida de su cargo y el

[POR TODOS LOS RINCONES IMAGINADOS
DE LA TIERRA]

Por todos los rincones imaginados de la tierra
tocad vuestras trompetas, Ángeles, y alzaos,
almas innumerables e infinitas, alzaos de la muerte
y, dondequiera que estén, volved a vuestros cuerpos

- 5 que arrastró la riada y calcinó la hoguera,
y destrozó la guerra, el hambre, la vejez, la fiebre,
la tiranía, la desesperanza, la ley o la suerte. Y si ven a Dios
vuestros ojos, no probaréis el dolor de la muerte.

- 10 Pero déjales dormir, Señor, y da espacio a mis quejas
pues si abundan más mis pecados que los suyos,
será tarde para pedir tu gracia cuando estemos allí.

Enseñame aquí, en esta baja tierra, cómo arrepentirme
igual que si con tu sangre hubieras sellado mi perdón.

[SI LOS VENENOSOS MINERALES, Y SI ESTE ÁRBOL]

Si los venenosos minerales, y si este árbol,
cuyo fruto trajo la muerte a los inmortales,
si las cabras lascivas, si las serpientes envidiosas
no pueden ser condenadas, ay, ¿por qué lo seré yo?

- 5 ¿Por qué la voluntad o la razón, que son parte de mí,
harán que un mismo pecado sea en mí más abyecto?
Y si es fácil la gloria y la piedad para Dios,
¿por qué su cólera severa me querrá amenazar?

- 10 Pero, ¿quién soy yo, Dios mío, para discutir
contigo? Haz de tu sangre, la única elevada,
y de mis lágrimas, un celestial Leteo
y ahoga en él la negra memoria de mi culpa.

Otros claman y piden que también los recuerdes.
Yo preferiría la misericordia que supone tu olvido.

[NO ESTÉS ORGULLOSA, MUERTE, AUNQUE TE
HAYAN LLAMADO]

No estés orgullosa, muerte, aunque te hayan llamado
poderosa y terrible, pues tú no eres así.
Porque aquellos a los que quisiste derrocar,
pobre muerte, no murieron ni a mí puedes matarme.

- 5 Si del descanso y el sueño, que parecen calcarte,
mana el placer, más intenso placer manará de ti,
y pronto los más excelsos seguirán tu camino,
descanso de sus huesos y libertad de su alma.

- 10 Esclava de la desesperación, la suerte y el destino,
tu casa es el veneno, la enfermedad, la guerra.
Pueden dormiros igual o mejor que tus besos
amapolas o hechizos. ¿Por qué, pues, te envanece?

Pasado un breve sueño, despertamos eternos,
y ya nunca habrá más muerte y, muerte, morirás.

GEORGE HERBERT

(1593-1633)

Nació en Montgomery en una familia de alto postín. Su madre, Magdalen Herbert, fue amiga y mecenas de Donne. Herbert estudió en Cambridge y llegó a tener cargos de relieve en dicha universidad (profesor de retórica, orador público). También, al parecer, padeció la enfermedad de creerse en la cumbre por haber nacido en la cumbre. Durante una breve temporada participó en la política como parlamentario y desempeñó distintos cargos eclesiásticos antes de ser ordenado sacerdote anglicano en 1630. Los hábitos y la muerte de su madre —con la que al parecer se sentía muy vinculado— atenuaron las pasiones del orgullo y la vanidad y le introdujeron en las más serenas virtudes cristianas de la humildad y el amor caritativo. Se casó con la prima de su padraastro y adoptó dos sobrinos suyos que se habían quedado huérfanos. Le entusiasmaba la música y acudía regularmente todas las semanas a oír cantar a la catedral de Salisbury «(«el cielo en la tierra», llegó a decir).

Murió de tisis y, antes de morir, envió sus poemas a su amigo Nicholas Farrar para que los publicara en el caso de que viera en ellos efectos beneficiosos para las almas abatidas («dejected souls»); de lo contrario, debía quemarlos. También le dijo al citado Farrar —un destacado anglicano que instaló una casa de retiro y oración cerca de Little Gidding, el lugar de uno de los cuatro cuartetos de T. S. Eliot— que sus poemas dibujaban «un cuadro de los múltiples conflictos espirituales que han tenido lugar entre mi alma y Dios, antes de que pudiera someterla a la voluntad de Cristo mi Señor».

Al final sus poemas aparecieron con el título de *The Temple* en 1633, volumen que dejaría una huella importante en los poetas que le sucederían (Vaughan, Crashaw y, a más distancia, el mismo Marvell). *Outlandish Proverbs* (1640), otra de sus obras, es una colección de proverbios

traducidos al inglés. Su obra en prosa incluye *A priest to the Temple* (1652), un retrato de lo que debe ser un párroco de pueblo y, para un lector español, sus más que curiosas *Brief Notes* (1638) sobre las *Ciento y diez consideraciones divinas* de Juan de Valdés.

EL SUELO DE LA IGLESIA

¿Te fijas en el suelo? Esas losas cuadradas y jaspeadas
que parecen tan firmes y resistentes,
son la *Paciencia*.

5 Y esas otras graves y negras, como de tablero de ajedrez
que se extiende a lo largo,
son la *Humildad*.

Esa suave ascensión, con dos brazos a los lados
que llevan hasta el coro,
es la *Confidencia*.

10 Pero el más dulce cemento, la segura argamasa
que traba el armazón, es la *Caridad*
y es el *Amor*.

15 El pecado roba a veces aquí, y mancha
el mármol limpio y las vetas curiosas
pero cuando el mármol llora todo vuelve a estar limpio.

A veces la muerte, resoplando en la puerta
aventa todo el polvo que cubre todo el suelo
y barre mientras piensa en destrozar la casa.

20 Bendito el arquitecto cuyo arte
hizo casas tan fuertes en corazones débiles.

ANDREW MARVELL

(1621-1678)

Hijo de un clérigo calvinista, nació en Winstead, en la región de York, y estudió en el Trinity College de Cambridge, donde se licenció en Filosofía y Letras. Coincidiendo con el estallido de la guerra civil —y tal vez huyendo de ella— viajó durante cuatro años (1643-1647) por Europa —Holanda, Francia, Italia, España—. Al volver del viaje, parece ser que plantó sus reales en los medios literarios londinenses y que hizo amigos entre los medios monárquicos. No obstante, su loa a un Cromwell victorioso no deja lugar a dudas sobre sus afectos políticos, tal vez descaradamente oportunistas. Las prebendas cayeron en seguida y, además de ser profesor particular de hijos de altos personajes del nuevo régimen, o de protegidos de Cromwell, como William Dutton, le nombraron secretario de latín para al Consejo de Estado, un cargo en el que sustituyó a Milton, su amigo y protector (y al que, con sus influencias, ayudó a salir de prisión en el breve tiempo en el que Milton fue encarcelado cuando se restauró la monarquía). Una prueba de esa amistad es un poema laudatorio de Marvell que apareció en la segunda edición del *Paradise Lost*. En 1663 viajó como secretario privado del conde de Carlisle a Rusia, Suecia y Dinamarca. Murió en su casa londinense de Great Russell Street como consecuencia del tratamiento que le habían prescrito para unas fiebres tifoideas.

En 1681 apareció *Miscellaneous Poems*, sus poemas reunidos y entresacados de los papeles que había encontrado en su casa su ama de llaves Mary Palmer (que quiso hacerse pasar por su viuda y poderse así apropiarse de un dinero no insignificante que Marvell había conseguido reunir para dos amigos arruinados).

Curioso el destino de Marvell como poeta: en vida fue un reconocido escritor satírico, además de un comprometido político, pero tam-

bién un perfecto desconocido como poeta. Ni siquiera la publicación póstuma de su obra lírica modificó apenas las cosas, hasta los primeros vestigios de reconocimiento gracias a Charles Lamb en el XIX. Aun con todo, hubo que esperar a la célebre antología de Herbert Grierson *La poesía metafísica y otros poemas del siglo XVII* (1921) y al ensayo de T. S. Eliot sobre ese libro y sobre la poesía de Marvell, para que su reputación como poeta de primer orden se estableciera definitivamente (al menos hasta hoy).

A SU ESQUIVA SEÑORA

Si el mundo fuera nuestro, y el tiempo también,
 no sería un delito, Señora, aplazar el placer.
 Sentados pensaríamos qué camino seguir
 y por dónde pasar nuestro amor perdurable.
 5 Tú en el río Ganges hallarías rubíes
 mientras yo me lamentaría a la orilla del Humber.
 Yo mucho te amaría antes del Diluvio
 y tú, si así te place, me dirías que no
 hasta la Conversión de todos los Judíos.
 10 Mi amor, como las plantas, más vasto
 crecería que todos los imperios y más lento;
 y cien años seguidos miraría tu frente
 y muchas alabanzas diría de tus ojos;
 y doscientos años adoraría tus pechos,
 15 pero treinta mil lo haría con el resto.
 Cien mil años al menos para conocer cada parte
 y en los últimos cien mil en tu corazón entraría.
 Pues mereces, señora, este trato elevado
 y yo no te amaría con más bajas maneras.
 20 Pero siempre tras de mí oigo que se acercan
 los alados carros muy veloces del Tiempo
 y podemos ver extenderse a lo lejos
 los vastos desiertos de toda la eternidad.
 Tu belleza entonces ya nunca será vista
 25 ni en tu cripta de mármol sonará
 mi canción y su eco; probarán los gusanos
 esa virginidad que tanto preservaste

y tu honor riguroso no será más que polvo
 y toda mi lujuria será de las cenizas.
 30 Y un privado lugar muy bueno es nuestra tumba
 pero nadie, que yo sepa, allí puede abrazarse.
 Por eso ahora, mientras colores juveniles
 afloran a tu piel como al alba el rocío
 y tu alma deseosa por cada poro
 35 transpira fuegos instantáneos,
 pasémonoslo bien mientras podamos
 y, como aves de presa entregadas a amarse,
 antes devoremos nuestro tiempo con prisa
 en vez de languidecer ante su lenta caza.
 40 Echamos a rodar toda nuestra fuerza
 y toda la dulzura en una misma bola
 y con áspera lucha rasguemos los placeres
 por todas las puertas de hierro de la vida.
 Así, aunque no podamos hacer que nuestro sol
 45 se detenga, sí al menos podremos gobernar su carrera.

RETRATO DE LA NIÑA T. C.
EN UN PAISAJE CON FLORES

¡Mirad con qué simplicidad
 sus dorados días recomienza esta ninfa!
 Le gusta estar echada sobre la hierba verde
 y en ella domestica con su bella presencia
 5 las flores silvestres y les pone un nombre,
 y juega con las rosas —sólo con ellas juega—
 y a ellas les comenta
 qué perfumes y colores las harían más bellas.

10 ¿Quién puede adivinar por qué alta razón
 nació esta criatura que han amado los dioses?

Y, sin embargo, sus castas leyes son
 las que el lascivo Amor temerá un día
 y, bajo sus severas órdenes,
 verá roto su arco y rasgadas sus banderas.
 15 ¡Feliz quien pudiera
 a este virtuoso enemigo un día calmar!

Oh, dejadme entonces que yo me las componga
 para poder negociar con sus ojos seductores
 antes de que con su fuerza hieran a alguien más;
 20 antes de que, en señal de conquista, haga rodar
 sus ruedas sobre corazones que luchan
 y regale desprecio a aquellos que se rinden.
 Dejad que ocupe un sitio
 donde pueda contemplar tus glorias en la sombra.

25 Y, mientras a todo lo que reverdece
 le encanta tu hermosura,
 corrige los errores de la Primavera;
 haz que los tulipanes logren
 con su misma hermosura compartir tu dulzura,
 30 y quítales a las rosas sus agudas espinas;
 y sobre todo intenta
 que lleguen las violetas a perdurar mucho más.

Pero, oh joven belleza de los bosques,
 a quien corteja la vida con frutos y con flores,
 35 recoge las flores, pero deja los capullos,
 para impedir que Flora —víctimas sus niños,
 casi recién nacidos, de un crimen como el tuyo—
 acabe viendo en ti con su rabia un ejemplo
 y entonces te veamos
 40 a ti y a nuestra esperanza helada en una flor.

EL SEGADOR A LAS LUCIÉRNAGAS

Lámparas vivientes, por cuya amada luz
pueden los ruiseñores acostarse tan tarde
y a las noches de verano dedicar el estudio
para que puedan meditar sus cantos sin igual.

- 5 Cometas campesinas que no presagiáis
guerras, ni entierros principescos:
no tiene vuestro brillo más supremo objetivo
que anunciarnos los días de la próxima siega.

- Luciérnagas cuyas llamas solícitas
10 enseñan el camino a errantes segadores
que han perdido su rumbo en mitad de la noche
y tras los fuegos fatuos andan sin destino.

- En vano desperdiciáis vuestras luces atentas
pues, desde que Julia ha vuelto,
15 se encuentra mi mente tan desorientada
que sé que nunca más encontraré mi casa.

EL JARDÍN

- ¡Qué inútilmente los hombres enloquecen
por conquistar palmas, guirnaldas y laureles!
Sus trabajos constantes ven que los coronan
un único árbol o unas briznas de hierba
5 cuyas sombras estrechas, inclinadas y breves
con mucha prudencia censuran sus esfuerzos.
¡Y, mientras, todos los árboles y flores
tejen al unísono las guirnaldas del reposo!

- ¿Acaso, bella Calma, te he encontrado aquí
10 y también a la Inocencia, tu favorita hermana?

- Qué prolongado error era buscarte entonces
en compañía de los obcecados hombres:
esas plantas sagradas sólo entre estas plantas,
sólo en esta tierra llegarán a crecer.
15 Cualquier sociedad es demasiado áspera
para toda esta soledad que es colmo del placer.

- Nadie llegó a ver un color blanco y rojo
como este verdor tan dulce y delicioso.
Cariñosos amantes, como su llama crueles,
20 graban en estos árboles el nombre de su amor.
¡No podían imaginar, ni tampoco saber, ay,
que estas hermosuras ganarían a las suyas!
Si un día, bellos árboles, vuestra corteza hiero,
sólo vuestro nombre alguien podrá encontrar.

- 25 Después de haber pasado las tórridas pasiones
encuentra aquí el amor su retiro perfecto:
los dioses que persiguen la belleza mortal
en un árbol también acabaron su carrera;
así quiso perseguir Apolo a Dafne
30 porque igual que laurel quería que creciera
y lo mismo hizo Pan al seguir a Suringa:
no buscaba una ninfa, sólo un junco buscaba.

- ¡Qué inmejorable vida puedo llevar aquí!
Sobre mi cabeza caen las maduras manzanas;
35 uvas apetitosas en racimos maduros
exprimen el vino que cae sobre mi boca.
Curiosos melocotones y nuevas nectarinas
se ponen a la vez al alcance de mis manos.
Cuando quiero pasar tropiezo en los melones
40 y caigo sobre la hierba enredado en las flores.

Entre tanto la mente, sin apenas placeres,
inicia su repliegue en su felicidad;
ese océano, la mente, donde cualquier especie

encuentra fácilmente a cualquier semejante;
 45 y, traspasando sus límites, es capaz de crear
 otros mundos lejanos, otros mares remotos
 y, entre verdosas sombras, disolver
 lo que existe en verdes pensamientos.

Aquí, al pie resbaladizo de este manantial
 50 o junto a los musgosos árboles frutales,
 arrojando a un lado el vestido corporal,
 mi alma en esas ramas llega a introducirse;
 canta y se aposenta igual allí que un pájaro
 55 y ondulan en sus plumas las variopintas luces
 antes de emprender sus prolongados viajes.

Tal era el reinado de este Jardín feliz
 mientras vivía en él el hombre solitario:
 Después de tan dulce lugar, y de tanta pureza,
 60 ¿en qué otra recompensa podía confiar?
 Pero sólo más allá de la cuota mortal
 ese vagar solitario era posible allí:
 vivir en soledad en ese Paraíso era
 en un solo Paraíso reunirlos a todos.

Con qué habilidad con flores y con hierbas
 65 hizo el jardinero un nuevo reloj de sol;
 cuando desde lo alto empezó su camino
 sus rayos atravesaron el fragante zodiaco
 y, mientras lo hacían, la industriosa abeja
 70 computaba su tiempo tan bien como nosotros.
 Sólo por las hierbas y las flores era fácil pensar
 en tanta dulzura y en tantas dulces horas.

JOHN MILTON

(1608-1674)

Nació en Londres, hijo de un notario y compositor protestante. Estudió en Cambridge, donde le llamaban «la Señora de Cristo» y donde se ganó la antipatía de sus compañeros por «una cierta amabilidad natural y una honesta altanería», según palabras del propio Milton. Ya en sus años universitarios hizo gala de un talento inusual para la poesía, tanto en latín e italiano como en inglés. De esa época precisamente es ya un poema netamente miltoniano por el poderío de su expresividad: «On the Morning of Christ Nativity» (1629). Al abandonar Cambridge, se instaló en la casa de su padre, sin oficio ni beneficio, pero preparándose, con un intenso programa de lecturas en griego, latín e italiano, para ser poeta o clérigo. Su poema en latín «Ad Patrem» (1634?) parece ser un intento de convencer a su padre de que los dos propósitos eran perfectamente compatibles. En 1637 escribió su hermoso poema «Lycidas» —no importan las reservas johnsonianas a este respecto— y hasta la aparición, veinte años después, de *El paraíso perdido*, escribió muy poca poesía, si se descuentan algunas composiciones en latín e italiano y buena parte de sus sonetos. Entre 1637 y 1639 viajó por Italia y visitó a Galileo en Florencia, todavía condenado por sus atrevidas teorías cosmológicas. La impresión de Italia en Milton fue definitiva y perdurable.

A su vuelta a Inglaterra, instalado en Londres, concentró todas sus energías en la lucha política de su tiempo, siempre en el bando de la defensa de las libertades civiles y religiosas. Para esa causa desplegó toda una actividad de escritor de textos militantes y panfletarios contra la jerarquía eclesiástica, o a favor del divorcio o contra las rutinas conservadoras que obstaculizaban la reforma del sistema educativo. También escribió, después de la ejecución de Carlos I, a favor de la deposi-

- 25 Antes de que la mañana con sus abiertos ojos
 los excelsos céspedes dejara al descubierto,
 nos íbamos al campo y juntos escuchábamos
 tocar al moscardón su trompa sofocante.
 Y pastaba el ganado el rocío de la noche
- 30 hasta que la estrella luminosa salía por el cielo
 y con su rueda al girar iniciaba el descenso.
 Rurales cancioncillas entre tanto se oían
 saliendo de las cañas de dulces caramillos.
 Danzaban toscos sátiros, y seguían los Faunos
 durante mucho tiempo esa alegre canción
- 35 que a los viejos Dómetas llegó a entusiasmar.
- Pero, ay, mudanza inexorable, tú te has ido:
 ahora ya te has ido y nunca volverás.
 Por ti los pastores, los bosques y las cuevas,
 cubiertas de tomillo y vides vagabundas,
- 40 con todos sus ecos lloran.
 Los verdes sauces y sotos de avellanos
 ya nunca más verán
 que se mecen sus hojas con tus dulces canciones.
- 45 Tan mortal para la rosa como lo es el gusano
 o una enfermedad para las tiernas crías
 o la helada para la flor que se viste de nuevo
 cuando se abre el espino a su primer albor,
 así es, Lycidas, para el pastor tu pérdida.
- 50 ¿Dónde estabais, Ninfas, cuando el cruel abismo
 devoró el rostro de vuestro amado Lycidas?
 Pues ni en los montes jugabais
 donde yacen los viejos bardos, los famosos Druidas,
 ni en las pedregosas cumbres de la elevada Mona
- 55 ni donde el Deva extiende su hechicera corriente.
 Mas, ay, ¡qué sueño tan ingenuo!,
 pues, ¿qué habríais hecho de haber estado allí?
 ¿Qué hizo la Musa que dio luz a Orfeo,
 di, qué hizo la Musa por el hijo adorado
- 60 a quien todavía lamenta la universal natura,

- cuando, entre los rugidos del horrible fragor,
 su rostro ensangrentado lo engulló la corriente
 del rápido Hebro por la ribera lésbica?
- ¿Con qué provecho, ay, e incesante cuidado
 me preocupo del pobre y sencillo pastor
- 65 y medito sin descanso en las musas ingratas?
 ¿No sería mejor hacer lo que otros hacen,
 a la sombra del sol jugar con Amarilis
 o desenmarañar los cabellos de Nerea?
- 70 Es famosa la espuela que esgrimen los espíritus
 (última debilidad de las mentes más nobles)
 para vivir día a día desdeñando el placer.
 Pero cuando esperábamos encontrar el galardón hermoso
 y en súbito fulgor pensábamos disolvern
- 75 llega la ciega Furia con tijeras odiosas
 para cortar la vida. «Pero no la alabanza»,
 contestó Febo, y retumbó su voz en mis oídos:
 «No crece la fama en suelo mortal
 ni en el metal reluciente
- 80 que embellece el mundo, ni en los vastos rumores,
 sino que vive y se expande en esos ojos puros
 del sabio Jove que a todos juzgará
 y dará su veredicto sobre cada conducta:
 espera recompensa de esta fama en el cielo».
- 85 O fuente Aretusa, y tú, honorable Mincio,
 que suavemente corres entre juncos sonoros,
 la voz que yo escuché era la de un alto espíritu.
 Pero sigue ahora mi canto
 y escucha al heraldo del mar
- 90 que quiso enviar Neptuno.
 Interrogó a las olas y al viento criminal
 por el cruel infortunio de este gentil mancebo;
 y preguntó a cada ráfaga de viento
 que sopla desde los altos promontorios,
- 95 pero nadie nada sabía

- hasta que el sabio Hipotades trajo la respuesta:
 en su mazmorra estaban todos los vendavales.
 Y estaba en calma el aire, y sobre el quieto mar
 contó con sus hermanas la elegante Panope.
 100 Fue esa embarcación pérfida y fatal,
 que fabricó con maldiciones en un tenebroso eclipse,
 la que tu sagrada frente hizo naufragar.
- Vino después Camus, reverendo señor, andando lentamente,
 con su mullido manto y un gorro con juncos,
 105 bordado con figuras y escrito con dolor,
 como una flor de sangre, en uno de sus bordes.
 «¿Quién —dijo— me ha arrebatado al más querido niño?»
 Vino el último y el último se fue,
 el piloto del lago Galileo;
 110 dos grandes llaves de metal traía
 (abría la de oro; la de hierro cerraba).
 Sacudió sus mitradas guedejas y habló severamente:
 «¡Si hubiera podido apartarte, ensueño juvenil,
 de todos los que trepan, y se arrastran,
 115 y se introducen en el redil para engordar la tripa!
 Sobre otros intereses pocos cálculos hacen:
 en las fiestas de pastores se quieren infiltrar
 y suplantar así a los verdaderos invitados.
 ¡Ciegas bocas que a duras penas saben
 120 qué hacer con un cayado, o que lo ignoran todo
 del singular oficio de un pastor confiado!
 ¿Qué puede importarles? ¿Qué necesitan si de nada les falta?
 Y cuando quieren, sus cantos llamativos
 rechinan en sus flautas de miserable paja;
 125 y las ovejas hambrientas levantan la cabeza
 y al respirar se hinchan con venenosas nieblas
 y se pudren por dentro y se extiende el contagio,
 y viene después el lobo con su secreta garra
 a consumir su caza y nadie dice nada.
 130 Pero junto a la puerta están esos dos artefactos
 como manos dispuestas a golpear una vez
 y ya nunca más volver a golpear.

- Vuelve Alfeo: ha pasado la temible voz
 que secó los arroyos; vuelve, Musa siciliana,
 135 y llama a los valles y pídeles que traigan
 campánulas y flores de miles de colores;
 y que vayan y vengan los tranquilos susurros
 entre voluptuosos vientos y efusivos arroyos,
 donde apenas se refleja el oscuro lucero.
 140 Que nos traigan aquí tus esmaltados ojos
 para que sorban de la hierba los dulces aguaceros
 y engalanen el campo con las primeras flores.
 Enviadnos primaveras que en el olvido mueren,
 botones de oro, pálidos jazmines,
 145 blancos claveles, extravagantes pensamientos,
 incandescentes violetas,
 rosas almizcladas, elegantes madre selvas,
 con primulas macilentas de cabeza pensativa,
 y todas las flores bordadas de tristeza.
 150 Pide que el amaranto derrame su belleza
 y con lágrimas sus copas llenen los asfodelos
 para el féretro alabado donde yace Lycidas.
 Como pequeño alivio deja que el pensamiento
 con su fragilidad coquettee con falsas conjeturas.
 155 Mientras a tus huesos y a ti, ay, estruendosos mares
 zarandean y arrastran a lejanas riberas,
 puede que más allá de las galernas hébridas
 donde la agitación del mar tal vez
 te empuje al fondo del mundo monstruoso;
 160 o puede que, sin nuestras plegarias húmedas,
 duermas al lado del legendario Belero
 donde la gran visión del monte protegido
 llega desde Namanco hasta más allá de Bayona.
 Ángel nuestro: míranos y vuélvete piadoso,
 165 y vosotros, delfines, traed al joven desdichado.
 No lloréis más, compungidos pastores, no lloréis más,
 pues vuestro dolor, Lycidas, no está muerto,
 aunque sumergido esté bajo un techo de agua;
 también el sol se hunde en el profundo océano

- 170 y enseguida endereza su inclinada cabeza,
con sus rayos se adorna y con relucientes metales
arde en la frente del cielo matutino.
Así Lycidas ascendió a lo alto desde el fondo del mar
por la gracia de aquel que caminó por las olas:
- 175 allí, en otros ríos y otras arboledas,
lava con néctar puro su pelo legamoso
y escucha las inefables canciones nupciales
en los reinos bendecidos de alegría y amor.
Le entretienen allí todos los santos,
180 en solemnes grupos y dulces sociedades
que cantan y, cantando, transportan a la gloria
y enjugan las lágrimas de sus ojos para siempre.
No lloréis más, ahora, por Lycidas.
Como vasta recompensa serás en adelante
185 espíritu en la costa, y serás protector
en este áspero mar de todos los navegantes.

Así cantó el modesto pastor a robles y riachuelos,
mientras con grises sandalias se esfumó la mañana.
Tocó los agujeros de sus variadas flautas
y cantó su canción con alto pensamiento.

190 Y ahora el sol extiende las colinas
y ahora el atardecer cae sobre la bahía.
Se levantó al final, y se quitó su manto:
ha amanecido para los frescos bosques y para los nuevos
[pastos.

SOBRE SU CEGUERA

Cuando considero, pasada ya media vida
en este mundo oscuro, que se ha agotado mi luz
y que ese único talento —si se apaga, la muerte—
habita en mí inútilmente, más se inclina

- 5 mi alma a servir al señor, y a rendirle
mis más sinceras cuentas para que no me riña.
«Denegada la luz, ¿exige Dios los trabajos diarios?»,
pregunto ingenuamente. Pero pronto la paciencia,
para atajar murmullos, contesta: «No necesita Dios
10 ni el trabajo del hombre ni siquiera sus dones;
quien le sirve mejor sabe llevar su yugo.
Su rango es el de un rey: si él lo pide, millones
se abalanzan sin descanso por la tierra y el mar;
pero también le sirven quienes aquí se quedan y saben
[esperar.»

[CREÍ QUE ERA MI SANTA ESPOSA MUERTA]

Creí que era mi santa esposa muerta
quien surgía de su tumba igual que Alcestis,
gracias al gran hijo de Júpiter rescatada de la muerte
y reunida con su esposo, aunque pálida y débil.

- 5 Mi esposa, como a quien redimió la pureza
lavando las manchas que le dejó su parto,
y, puesto que confiara yo una vez más
poderla ver en el cielo con plenitud, entera,
vino toda de blanco, también pura de mente.
- 10 Cubierto, sin embargo, su rostro ante mi mirada fascinada,
brillaban su amor, su bondad y su dulzura,
como ningún otro rostro brilló tan claro y delicioso.

Pero, ay, cuando se inclinó para abrazarme,
me desperté, desapareció, y el día me devolvió a mi noche.

ALEXANDER POPE

(1688-1744)

Londinense e hijo de católico menesteroso, tal vez el factor más determinante de la vida de Pope fue la enfermedad que dificultó su desarrollo y que le dejó una deformación —una especie de chepa— de por vida. Autodidacta en buena medida, pronto demostró un virtuosismo inusual en el manejo de la métrica y tampoco tardó en entrar en contacto con los círculos selectos literarios de Londres, que giraban en torno a Addison y, después, en torno a Swift, Gay, Arbuthnot y otros. A sus dotes de virtuoso consumado, demostradas en ese monumento del arte dieciochesco llamado *The Rape of the Lock* (1612), añadió Pope las de un deslumbrador traductor en la versión que hizo en *disticos heroicos* de la *Iliada* (1715-1720), completada por la de la *Odisea* (1725-1726) y que además, con su éxito, le proporcionaron independencia económica.

Su poema «Elegía en memoria de una dama desdichada» apareció en 1717. Aunque tal vez no representativo del arte más característico de Pope, sí es una rara obra maestra que merece estar presente en cualquier antología de poesía inglesa. Y, además, tal vez condense oblicuamente sus no siempre cómodas relaciones con las mujeres. La natural predisposición a la sátira de Pope —un lazo que le unió amistosamente a Swift— brilló en sus ataques a sus enemigos, especialmente a aquellos que habían osado previamente criticar públicamente sus poemas o traducciones. Tal vez la «Carta al Dr. Arbuthnot» (1735) condense a la perfección esa dimensión inigualable del arte de Pope —maestro, hay que recordarlo, de Byron— que le permitió introducir en sus sátiras —concebidas como imitaciones de Horacio— toda una galería de personajes y prototipos de su tiempo, víctimas de su insaciable ironía y su siempre afilada causticidad. Desde 1717 en adelante vivió Pope con su madre en Twickenham dedicado, además de a su obra, a cuidar de su jardín.

ELEGÍA EN MEMORIA DE UNA DAMA DESDICHADA

¿Qué espectro me hace señas a la luz de la luna
y me invita a seguirlo hacia el bosque sombrío?
¡Es ella! Pero ¿por qué sangra su pecho? ¿Quién lo ha
[acuchillado?

¿Y por qué brilla tan poco la espada visionaria?
5 Oh, siempre hermosa y siempre amiga mía, di:
¿es en el cielo un crimen haberte amado tanto?
¿Lo es ser propietario de un corazón tan tierno
o actuar en comedias como un amante fiel?
10 ¿No hay en cielo luminoso regalo para esos valientes
que han sabido morir o han pensando tan hondo?

¿Por qué, además, oh Poderes, a su alma ordenasteis
querer ir más allá de los bajos deseos?
En vuestras santas casas la ambición fue primero
por la culpa gloriosa de Ángeles y Dioses:
15 y por eso esas Imágenes la atraen a la tierra
y resplandece en los pechos de Héroe y Reyes.
Pero casi todas las almas hace tiempo que callan,
taciturnas prisioneras de la cárcel del cuerpo:
tenues luces de vida que arden unos años
20 como en sepulcros lámparas invisibles e inútiles
o como Reyes que gobiernan perezosos estados
y duermen confiados en sus propios palacios.

Tal vez de entre éstos —aún no había la Naturaleza ordenado
[su muerte—
se la llevó el destino al cielo compasivo.

25 Como hacia el aire ascienden los más puros espíritus,
ya lejos de la tierra y de sus restos fraternos,
así ascendió su alma a su hogar natural
sin dejar ni una virtud para redimir su Raza.
Pero tú, falso guardian de un blasón tan excelso
30 y vil desertor de tu sangre fraterna,
mira el trémulo aliento en esos labios rojos
o el soplo de la muerte sobre esas mejillas:
está gélido el pecho que dio calor al mundo,
y esos ojos certeros, esas flechas de amor, dejarán de mirar.
35 Así, si la justicia eterna gobierna nuestro mundo,
los niños morirán y también las mujeres:
una súbita venganza espera en el camino
y féretros frecuentes asediarán tus puentes.
Allí los pasajeros apuntando dirán
40 (mientras los largos funerales enlutan el camino):
Mirad, son aquellos cuyas almas las Furias aherrojaron
y maldijeron con corazones incapaces de dar.
Así, sin ser llorados, se van los orgullosos,
cabalgata de un día, distracción de los necios.
45 Así mueren todos los que jamás conocieron
la bondad de los otros o también su dolor.

¿Qué puede reparar (oh sombra lastimada)
tu sino despiadado, tu funeral negado?
Ni las quejas amigas ni las domésticas lágrimas
50 complacen a tu espectro ni adornan tu féretro.
Manos extranjeras cerraron tus ojos,
manos extranjeras cuidaron de tu cuerpo,
manos extranjeras adornaron tu tumba
y extranjeros te honraron y también te lloraron.
55 ¿Qué importa si, vestidos de luto, no llegan
los amigos a llorar una hora? Tal vez después lloren un año
y soporten las burlas que hacen al dolor
en los bailes nocturnos y en las públicas fiestas.
¿Qué importa si dolientes cupidos no adornan tus cenizas
60 ni emulan tu rostro mármoles bruñidos?

¿Qué importa que no esté tu morada en tierra bendecida
ni que nadie susurre endechas en tu tumba?
Y, no obstante, se vestirá tu tumba con flores renacientes
y la verde hierba recubrirá tu pecho:
65 te ofrecerá la mañana sus más tempranas lágrimas
y las primeras flores se abrirán ante ti:
y con sus alas de plata los ángeles darán sombra
a la tierra sagrada que guarda tus reliquias.

Así descansa en paz sin una piedra, un nombre,
70 quien una vez tuvo fama, hermosura y riqueza.
Y de nada le sirven todos los honores, todos los amores,
ni cuál es su linaje ni por quién fue engendrada.
Un montón de polvo sólo queda de ti:
eso es lo que eres y lo que será tu orgullo.
75 Como aquellos a los que cantan, caerán los poetas;
sordo el oído halagado y muda la lengua melodiosa.
Aquel al que ahora ablandan las dolientes canciones
no tardará en pedir que también a él le lloren.
Entonces, de tus cerrados ojos partirá tu figura
80 y la última punzada te arrancará de su pecho.
Y la vida en un suspiro dejará de existir:
olvidada la Musa, nadie más te amará.

UNA CARTA DEL SEÑOR POPE AL DOCTOR
ARBUTHNOT

(Fragmentos)

Cierra, cierra la puerta, le dije a Juan muy cansado,
amarras la aldaba, di que estoy enfermo, que he muerto.
Rabian los astros y no hay duda de que han abierto
las puertas del Manicomio, es decir, del Parnaso:
5 fuego en cada ojo y papel en cada mano,
vagabundos que al mundo recitan su locura.
¿Qué muros me protegerán? ¿Qué sombras me ocultarán?

Atraviesan mis setos, penetran en mi gruta,
 por mar y por tierra renuevan su cargamento,
 10 detienen el carruaje y embarcan en la nave.
 No hay lugares sagrados, ni la iglesia se libra,
 y ni el domingo es ya para mí un día de asueto:
 de la casa de las deudas sale el versificador
 para —¡qué felicidad!— atraparme a la hora de la cena.
 15 ¿Es un sacerdote, muy versado en cerveza,
 una poeta llorona, un inigualable rimador,
 un funcionario enfrentado al alma de su padre
 que escribe una estrofa en vez de hacer informes?
 ¿Es alguien que, lejos del papel y de la tinta,
 20 con desesperado carbón malescribe en sus muros?
 Vuelan todos a Twickenham y con humilde acento
 se dirigen a mí para que —locos o vanos— los mantenga.
 Arturo, cuyo frívolo hijo no respeta las leyes,
 achaca a mis escritos y a mí toda la culpa.
 25 Contempla el pobre Cornus la fuga de su esposa
 y maldice a la poesía, al ingenio y a Pope.
 Amigo de mi vida (que tú no prolongaste,
 ha deseado el mundo tantas vanas canciones)
 ¿qué panacea o gota eliminará esta plaga?
 30 ¿Qué amor o ira de los tontos acabará conmigo?
 ¡Horrible dilema! Corro muy deprisa en las dos direcciones:
 si enemigos, escriben; si amigos, me consideran muerto.
 ¡Qué desgracia más grande ser juzgado por todos!
 El que nunca se calla y el que no mentirá;
 35 para la risa son necesarias la bondad y la gracia
 y para ser valiente no basta el poder de la frente.
 Me decido a sentarme con triste urbanidad
 y con honesta angustia leo (y con dolor de cabeza);
 con llanto involuntario dejo caer al final
 40 este consolador consejo: «En nueve años no publiques tu
 [obra].»

¡Nueve años!, grita quien en el camino de Drury,
 arrullado por suaves céfiros en su rota ventana,
 escribe antes de despertar y publica sin terminar,

forzado por el ansia y las amistosas peticiones.
 [...]
 45 ¡Santo cielo! Un paquete: «El pleito de un extraño,
 una tragedia virgen, la orfandad de una musa».
 Si no me gusta: «Cólera, muerte y rabia».
 Si doy mi parabién: «Haz que se represente».
 Ahí —gracias a Dios— mi papel se termina:
 50 afortunadamente no somos amigos los actores y yo.
 Inflamado por el no editorial: «Por Cristo Jesús, me lo
 [editaré yo...].»
 [...]
 «Hombre de Dios, si lo revisaras y retocarás».
 Todas mis objeciones redoblan sus ataques,
 pero al final susurra: «Las ganancias para los dos».
 55 La disputa me gusta pero cierro pronto la puerta:
 Señor, déjame ver sus obras mas no más su persona.

THOMAS GRAY

(1716-1771)

Gray nació en Londres y fue educado en Eton y después en Cambridge, donde, a partir de 1742, acabaría residiendo el resto de su vida. Entre 1739 y 1741 viajó con Horace Walpole por Francia e Italia, pero los amigos se pelearon y volvieron a Inglaterra cada uno por separado. La archiconocida «Elegía escrita en un cementerio de pueblo» (1751), relacionada tal vez con la muerte de su amigo Richard West y con el miedo a encarnar el destino de los personajes de su poema, estableció sólidamente su reputación, gracias a la cual le ofrecieron ser el nuevo *poeta laureado* tras la muerte de Colley Cibber —una de las víctimas favoritas del genio satírico de Pope—, aunque Gray no aceptara el puesto.

Reconciliado con Walpole, fue éste el encargado de imprimir en su imprenta particular, situada en su pequeño castillo gótico cerca de Londres —Strawbery Hill— algunos de los últimos poemas importantes de Gray —«The Progress of Poesy» y «The Bard»—. En éstos se muestra cada vez más inclinado hacia la sensibilidad prerromántica asociada con lo sublime, es decir, un sentimiento en el que la belleza clásica o neoclásica deja paso a la seducción por la infinitud, la soledad, el terror, la vacuidad y, en general, todo lo que traspasa los límites de la claridad, cuando la existencia empieza a ser oscura y en la oscuridad encuentra motivos para el placer o para el abismo.

Los últimos años de su vida los pasó Gray entregado al estudio de las antigüedades y de la botánica y a hacer excursiones por Inglaterra y Escocia, siguiendo la moda de su época por descubrir paisajes ásperos e irregulares, de anticlásica belleza y hermosura.

ELEGÍA ESCRITA EN UN CEMENTERIO DE PUEBLO

Campanadas fúnebres repican en la tarde;
las quejas del rebaño atraviesan el prado;
vuelve a casa el labriego con su paso cansado
y nos deja el mundo a la noche y a mí.

5 El fulgor del paisaje ahora se desvanece
y una solemne calma se apodera del aire:
sólo se oye el zumbido del vuelo de un moscón
y apáticos tintineos de lejanas majadas.

10 Y desde la alta torre que la hiedra tapiza
la lúgubre lechuza a la luna se queja
de quienes rondan cerca de sus secretas ramas
y perturban su antigua y solitaria casa.

15 Bajo estos rudos olmos y esos tejos sombríos
donde se desmoronan montoncitos de hierba,
reposa para siempre cada uno en su celda,
los rudos antepasados de este sueño aldeano.

20 El ruido de la brisa de la perfumada mañana,
los vencejos que vuelan sobre techos de paja,
el clarín de los gallos, el eco de las trompas,
no podrán despertarlos de sus humildes lechos.

Nunca más para ellos calentará el fuego
ni recibirán atenciones de sus laboriosas esposas;

ya no balbucarán los niños cuando vuelvan a casa
ni pedirán en sus brazos los besos deseados.

25 A su hoz las cosechas entonces se entregaban;
progresaban los surcos a pesar de las glebas.
¡Con cuánta alegría dirigían sus yuntas!
¡Cómo a sus impulsos se rendía la leña!

30 La Ambición no desprecie su labor provechosa,
su contento hogareño, su destino sombrío;
ni escuche la Grandeza con desdeñosa risa
los escuetos y simples anales de los pobres.

La jactancia del linaje, la pompa del poder,
y todo lo que significan riquezas y hermosura
35 esperan por igual la inevitable hora:
los senderos de la gloria conducen a la tumba.

Y vosotros, altivos, no imputadles el hecho
de que no alce sus trofeos la Memoria en su tumba,
40 mientras en altos templos con bóvedas talladas
los himnos resonantes proclaman alabanzas.

¿Pueden urnas historiadas o bustos animados
devolver a su mansión el aliento que ha sido?
¿Pueden los honores mover el polvo mudo
o ablandar los halagos la fría y sorda muerte?

45 En este abandono pueden yacer tal vez
corazones henchidos de un fuego celestial;
o manos que blandieron cetros imperiales
o que despertaron al éxtasis a laúdes vivientes.

50 Pero el conocimiento no abrió para ellos
la página que contenía los saberes del Tiempo;
su más noble cólera contuvo la gélida Penuria
y heló en esas almas su corriente genial.

Muchas aguas serenas del más puro color
ocultan las sombrías cavernas del océano:
55 muchas flores florecen sin que nadie las vea
y malgastan su dulzura en el aire desierto.

Tal vez de un intrépido Hampden, con valor enfrentado
a su local tirano, estén aquí los restos;
o de un enmudecido Milton que no alcanzó la gloria,
60 o de un Cromwell inocente de tanta sangre inútil.

La obligación de aplaudir discursos de políticos,
el desprecio a la amenaza del dolor y la ruina,
el derroche de abundancia sobre risueñas tierras
y la lectura de su historia entre tantas miradas,
65 se lo prohibió el destino: no sólo limitando
sus crecientes virtudes, sino también sus crímenes;
les prohibió con matanzas conquistar el poder
y las puertas de la piedad cerrar a los hombres.

Ocultar la verdad con denodada angustia,
70 sofocar los arreboles de la ingenua vergüenza,
o colmar los altares del Orgullo y la Lujuria
con inciensos ardidos en llamas de la Musa.

Lejos de las disputas de enloquecidas turbas,
sus sensatos deseos nunca se extraviaron;
75 en los valles de la vida más fríos y retirados
transcurrió silencioso el curso de su aventura.

Y, no obstante, para protegerlos del escarnio,
frágiles monumentos muy cerca se erigieron
con toscos versículos y rudas esculturas
80 que imploran al que pasa la ofrenda de un suspiro.

Dice esa Musa iletrada sus nombres y sus años
en lugar de los lamentos que reclama la fama;

y también les ofrece muchos textos sagrados
que enseñan a morir al campesino honrado.

85 Pues ¿quién, siendo presa del silencioso olvido,
renunció a esta existencia ansiosa y agradable,
y dejó los cálidos recintos de los días felices
sin mirar hacia atrás con tenaz añoranza?

90 El alma que se va confía en pechos dulces,
los ojos que se cierran reclaman pías lágrimas,
incluso desde la tumba grita la Naturaleza
y el fuego acostumbrado vive en nuestras ascuas.

De ti que te preocupas de los muertos anónimos
cuyas simples historias aquí nos has contado,
95 si alguna vez llevara la vida solitaria
de algún cercano espíritu a conocer tu sino,

quizás algún zagal dijera en ese caso:
«Cuando despunta el alba a veces lo hemos visto
caminar por los cerros en búsqueda del sol:
100 recorrieron sus pasos senderos con rocío.

Allí, al pie de aquellas hayas que balancea el viento,
cuyas viejas raíces enlazándose trepan,
abarcaba al mediodía las lánguidas distancias
y en los sonoros arroyos fijaba la mirada.

105 Rudo junto al bosque, con risa desdeñosa,
erraba murmurando vagabundas quimeras,
huérfano, cabizbajo, demacrado, afligido,
al cuidado atado, por el amor vencido.

110 Le eché en falta un día por la colina de siempre,
al lado de los brezos, junto a su árbol favorito;
otro día llegó, pero ya no junto al arroyo
o en los pastos altos o junto al bosque estuvo.

Al siguiente, con cantos funerales y atavíos de luto,
vimos que lo llevaban lentamente a la iglesia:
115 Acércate y lee (porque puedes leer) esta inscripción
escrita en la piedra bajo el antiguo espino».

EPITAFIO

Apoya aquí su cabeza sobre un trozo de tierra
un joven al que ignoraron la Fama y la Fortuna;
no se ofendió la Ciencia al nacer este humilde
120 y le marcó la Melancolía como si fuera suyo.

Vasta fue su riqueza, y su alma sincera:
el Cielo le envió una gran recompensa:
una lágrima —todo lo que tenía— se la dio a la Miseria;
un amigo —no deseaba más— le arrebató al Cielo.

125 No busques otros méritos para poder contarlos
ni saques sus flaquezas de su temible morada
(allí reposan igualmente con trémula esperanza),
el pecho de su Padre y de su Dios.

EDWARD THOMAS

(1878-1917)

Nacido en Lambeth, al sur de Londres, de padres galeses enfermizamente nostálgicos de su Gales natal, Thomas padeció también una especie de nostalgia por la vida rural que él localizaba no en Gales, como sus padres, sino en el campo del sur de Londres (básicamente, Essex). Su poesía está teñida de ese sentimiento bucólico que le sitúa en una línea que tiene a Wordsworth, Hardy, Housman y al propio Larkin entre algunos de sus máximos representantes. De hecho, fue este último y lo que su poesía representaba en los años cincuenta, el que favoreció el firme crecimiento de la reputación de Thomas hasta hoy mismo.

Lo más llamativo de la carrera poética de Thomas es que empezó a escribir poesía por incitación de Robert Frost —al que Thomas admiraba profundamente y de cuyo *North of Boston* había hecho una crítica entusiasta— en los dos últimos años de su vida, ya empezada la Primera Guerra Mundial, y antes de morir en el frente de Arras, el nueve de abril de 1917, a los treinta y nueve años. Prácticamente toda su poesía, salvo algunos poemas publicados bajo seudónimo, fue publicada póstumamente. Anteriormente había escrito y publicado una cantidad casi ingente de prosa multifacética —crítica literaria, biografía, libros de paisajes y costumbres— y había intervenido como editor y antólogo en muchas publicaciones. Nada extraño si se tiene en cuenta que Thomas vivía fatigosamente de la literatura y no daba abasto para poder mantener a su familia. Ese trabajo a destajo le provocó depresiones profundas y peligrosos sentimientos autodestructivos.

Apreciada en principio en los círculos más minoritarios, poco a poco la poesía de Thomas se ha convertido, con toda justicia además, en una de las más representativas y valoradas de este siglo, y, como hemos sugerido antes, en una especie de baluarte que ha resistido los embates de

las aventuras *modernistas* y ha sabido justificar su grandeza independientemente de los cataclismos estéticos del tiempo en que se ha producido.

EL PÁJARO DESCONOCIDO

Silbó tres bellas notas, demasiado suaves y difíciles de oír
de haber otros cantado; pero nunca otros cantaron
en el gran hayedo durante mayo y junio.
Nadie lo vio; aunque escucharon muchos,
5 sólo yo pude oírlo. ¿Fue hace cuatro años?
¿O fue hace cinco? Nunca más volvió.
Solía estar solo para poderle oír
y no hubiera podido oír a nadie más.
¡La, la, la!, llamaba, como si estuviera lejos,
10 como un gallo cacareando más allá del límite del mundo,
como si el pájaro o yo estuviéramos soñando.
Sin embargo estaba claro que viajaba por los árboles
y que a veces se acercaba a mí, aunque todavía sonara
de algún modo distante.
15 Jamás había oído —ni a hombres,
pájaros u otros animales— una voz como ésta. Pregunté
pero ningún naturalista había oído antes
notas como las que me habían atraído tanto:
las repetí de memoria y los dejé tranquilos.
20 Cuatro años, o cinco, hay poca diferencia.
Entonces como ahora ese la-la-la era un dulce espíritu:
era más triste que alegre, si tengo que decir
que era una cosa u otra, pero si triste
era triste sólo también con alegría, demasiado lejano
25 para mí para saberlo. Pero no puedo decir
si fueron otra cosa además de belleza
los días en que él cantó, como lo parecen ahora.

Lo que sé con certeza es que yo entonces lo oí,
a veces feliz, sufriendo a veces
30 un cuerpo pesado y un grave corazón
que ahora, si lo pienso, se han vuelto de pronto
tan ligeros como el pájaro aquel que rondaba mis lares.

IN MEMORIAM
(Pascua, 1915)

Las flores abandonadas en el bosque por la noche
recuerdan en esta Pascua el alma de los hombres,
ahora lejos de casa, que habrían recogido esas flores
en compañía de sus novias y ya no lo harán nunca más.

LLUEVE

Llueve y dentro del huerto que no ha pisado
nadie —una tupida selva de perejil—,
nada se mueve. No hay nadie que pueda romper
los grandes diamantes de lluvia en la hierba
5 ni remover más allá los pétalos caídos.

Y soy todo lo feliz que puedo ser
buscando el desierto en vano,
pensando en los dos que paseaban y se besaban
y, empapados, se olvidaron de los besos de la lluvia:
10 pero triste también al pensar que nunca, nunca de nuevo,
de no ser solo, volveré a ser tan feliz paseando
bajo la lluvia. Cada vez que vuelvo, y el atardecer
ha reducido a la nada su delicado tallo, la flor del perejil,
todavía colgante y espectralmente blanca, recuerda
15 al pasado tembloroso como si volviera a regresar la luz.

DESHIELO

Sobre la tierra manchada de nieve medio derretida
graznaban en sus nidos los grajos pensativos
y, desde los altos y delicados olmos,
podían ver lo que nosotros no: el invierno pasar.

LA GLORIA

La gloria de la belleza de la mañana:
el cuco que grita sobre el rocío inmaculado;
el mirlo que viene después y la paloma
que me incita a algo más que al dulce amor.
5 Blancas nubes en hileras simétricas y hermosas como de
[heno
recién segado. El olor, la agitación, el sublime vacío
del cielo y del bosque y de los prados y de mi propio corazón:
la gloria me invita, aunque me haga desdeñar
todo lo que alguna vez pueda hacer, y lo que pueda ser,
10 además de la belleza de la forma, y el color y el movimiento,
la felicidad que sueño poder habitar alguna vez
en presencia de la hermosura. ¿Empezaré este día
a buscar en el cielo o el infierno
sabiduría o fuerza que igualen esta belleza?
15 ¿Pisaré el polvo pálido moteado de gotitas oscuras
con la esperanza de encontrar lo que busco,
escuchando a las cosas efímeras y de apariencia feliz
de las que no sabemos nada, en el bosquecillo de avellanos?
¿O tengo que estar contento y disgustado a la vez
20 como tal vez con sus vuelos estén alondras y golondrinas?
¿Y tengo que preguntar una vez más al final del día
qué es la belleza, y qué significa para mí
ser feliz? ¿Y consentiré que todo se pierda,
y estaré al mismo tiempo alegre y fatigado? ¿O sabré tal vez
25 que fui feliz muchas veces y muchas veces antes,

instantes antes de olvidar qué rápidamente me entristezco,
qué triste y fugaz, y sin ningún lugar al que poder huir,
es el Tiempo? No puedo morder el día hasta el fin.

LIBERTAD

La última luz se ha ido del mundo,
excepto la de la helada luna sobre la hierba
más allá de la sombra de los altos olmos.
Es como si se hubiera dormido todo lo demás,
5 durante muchos años perdidos y olvidados
los hombres que hubo, las cosas que se hicieron
hace tiempo, todo lo que pensé, y sólo la luna y yo
estuviéramos vivos y sin saber qué hacer sobre la tumba
donde todo yace. Los dos tenemos libertad
10 para soñar lo que hubiéramos hecho de ser libres
para hacer lo que habíamos deseado durante mucho tiempo,
la luna y yo. Nadie hay menos libre que quien
no hace nada y además nada tiene que hacer,
y sólo es libre para lo que no le pertenece
15 y nada le pertenece. Si todas las horas,
como esta fugitiva que he gastado
entre otros más sabios cuando he olvidado
preguntar si era libre o no,
se apilaran ante mí, y no tras de mí,
20 y yo pudiera cogerlas y llevármelas,
sería rico; o si tuviera el poder
de borrarlas una a una y no lamentarlo
después, sería rico por ser tan pobre.
Y, sin embargo, aún estoy medio enamorado del dolor,
25 de lo que es imperfecto, de la alegría y las lágrimas,
de lo que tiene fin, de la vida y la tierra
y de esta luna que me deja a oscuras cuando entro en casa.

LLUVIA

Lluvia, lluvia nocturna, únicamente lluvia
en esta lóbrega cabaña, y soledad, y yo
recordando una vez más que moriré
y ya no oiré la lluvia ni podré dar las gracias
5 porque me ha lavado y dejado más limpio de lo que estaba
cuando nací en esta soledad.
Benditos sean los muertos sobre los que la lluvia cae:
pero ahora rezo aquí para que nadie a quien amé algún día
muera esta noche y pueda estar despierto,
10 solo, oyendo la lluvia,
con dolor o en armonía
desamparado entre los vivos y muertos,
como el agua fría entre los rotos juncos,
miríadas de juncos, rotos todos, rígidos y quietos,
15 como yo que no tengo amor que disuelva
esta lluvia salvaje excepto el amor de la muerte,
si este amor tuviera que ver con la perfección
y no pudiera —me dice la tempestad— decepcionar.

CELIDONIA

Pensar en ella me entristeció al principio
hasta que vi el sol acostado sobre las celidonias
realzadas, y ella se irguió como una llama,
algo vivo, no lo que yo antes había cuidado,
5 la sombra que yo estaba alimentando casi para amarla,
el fantasma, no la criatura con luminosos ojos
que perdí y pensé que no volvería a ver nunca más.
Ella encontró las celidonias de febrero
antes que todos nosotros. Su nombre y su naturaleza
10 eran como esas flores, y ahora, súbitamente,
por una corta y fugaz eternidad vuelve,

hermosa, feliz, simple como cuando llevaba
 su más resplandeciente flor entre todos los colores
 del mundo; y yo era también feliz
 15 viendo las flores y la doncella
 que las había visto conmigo antes de febrero,
 inclinándose hacia ellas como si pisara dentro y fuera
 y sonriera con sus cabellos barriendo el musgoso suelo.

Pero todo era un sueño: no eran verdad las flores,
 20 hasta que me agaché para coger de la hierba
 una de cinco pétalos y aspiré el aroma
 que me hizo suspirar, recordando que ya no estaba ella,
 que se había ido como una brisa nunca del todo bien
 [rememorada.

D. H. LAWRENCE

(1885-1930)

Nació en Eastwood, en la región de Nottingham, hijo de un minero y una ex maestra muy mal avenidos. Tal vez por esa razón, Lawrence contrajo un vínculo intenso con su madre, que siempre le animó a estudiar en vez de seguir la tradición minera de su padre. Trabajó como oficinista a partir de los quince años y como maestro en una escuela de Croydon hasta que murió su madre. A partir de entonces, enfermó gravemente y dejó la enseñanza. En 1912 conoció a Frieda Weekley, una alemana con tres hijos y malcasada con un antiguo profesor de Lawrence. Se enamoraron y se fugaron a Alemania; volvieron a Inglaterra y luego peregrinaron de un sitio para otro mientras Lawrence pretendía vivir —malvivir— de su literatura, intentando publicar aquí y allí sus artículos y cuentos (y recibía de paso ayudas de amigos bien situados). Recalaron en México, donde Lawrence volvió a enfermar gravemente de tuberculosis. Regresaron a Europa y se instalaron en Florencia, y allí Lawrence terminó y publicó en una edición privada *Lady Chatterley's Lover* (1928), inconcebiblemente perseguida por obscenidad y sólo publicada íntegramente en EE.UU. e Inglaterra treinta años después. Lawrence murió en Vence, al sur de Francia, a los cuarenta y cinco años, después de un último intento de curación en Alemania habiendo dejado tras de sí una obra, poética y narrativa, de considerable peso y envergadura.

Como poeta, Lawrence empezó leyendo a los románticos —Wordsworth, Shelley, Keats— y cayó pronto en el embrujo de la poesía de Whitman, al que siguió, no tanto en su abarcador vitalismo cuanto en la amplitud desbordante de sus versos o versículos (o, podría decirse, líneas de prosa cortadas como si fueran versos). Sus primeros poemas los publicó en 1909 Ford Madox Hueffer (más adelante Ford Madox Ford) en su *English Review* y después publicó *Love Poems and Others*

(1913), del que Pound dijo «que era el libro más importante de la temporada» y al que Edward Thomas puso igualmente por las nubes. Entre narración y narración, fue publicando sus libros de poemas: *Amores* (1916); *Look! We Have Come Through* (1917), donde celebraba la felicidad conyugal; *New Poems* (1918), donde le alcanzaban los ecos de Marinetti, y *Birds, Beasts and Flowers* (1923), donde su poesía alcanza su máximo nivel y el verso libre que la caracteriza acompaña un impulso de encuentro con el mundo natural, como puede verse en su célebre «Serpiente». Después de *Pensies* (1929), cierra su obra poética *More Pensies* y *Last Poems* (1932), publicados póstumamente y confeccionados por Richard Aldington con los poemas que pudo encontrar entre sus papeles.

PIANO

Suavemente, al atardecer, una mujer canta para mí
y me devuelve al panorama de los años en el que veo
a un niño sentado bajo el piano, entre el hormiguelo de las
[cuerdas
y el menudo pie en el pedal de una madre que sonríe mientras
[canta.

5 A pesar de mí mismo, la insidiosa maestría de la música
me entrega al pasado hasta que mi corazón llora por ser parte
de las viejas y hogareñas tardes de domingo, con el invierno
[afuera
y los himnos en el acogedor salón, y el piano guiando nuestras
[vidas.

10 Por eso es inútil ahora que el cantante se deshaga en clamores
con el gran piano lleno de pasión. Vuelve a estar conmigo
el encanto de la infancia, arrojo mi madurez
al río del recuerdo y lloro como un niño por todo lo que fue.

SERPIENTE

Un día especialmente tórrido vino una serpiente
a mi abrevadero para beber allí
(yo —hacía mucho calor— aún estaba en pijama).

En la profunda y extrañamente perfumada sombra de un gran
[y oscuro algarrobo
5 bajé las escaleras con mi cántaro
y tuve que esperar, tuve que detenerme y esperar, porque
[estaba allí, delante de mi, en el abrevadero.

Había descendido con la penumbra desde una grieta que había
[en el muro
arrastrando perezosamente su suavemente hinchado cuerpo
[amarillento y pardo
por el borde del abrevadero de piedra

10 y apoyó la garganta en el fondo
y, con pequeña claridad, se puso a beber con su erguida boca
el agua que salía por el caño;
suavemente, por sus rectas encías, entraba el agua en su recto
[y largo cuerpo,
silenciosamente.

15 Alguien delante de mí estaba en mi abrevadero
y yo, el segundo en llegar, esperando.

Levantó la cabeza y dejó de beber, como hacen las vacas,
y me miró vagamente, como al beber hacen las vacas,
y se relamió sus labios con su lengua, y meditó un instante,
20 y se inclinó y volvió a beber un poco más,
dorado y pardo ser color tierra salido de las ardientes entrañas
[de la tierra
un día de julio siciliano con el Etna humeando.

La voz de mi educación me dijo
que tenía que matarla
25 porque en Sicilia las muy negras serpientes son inocentes, y
[venenosas
las doradas.

Y voces en mi interior decían, si fueras hombre
cogerías un palo y la golpearías hasta matarla.

Pero debo confesar cuánto me gustaba,
30 qué contento estaba de su presencia como un invitado
[silencioso bebiendo
en mi abrevadero
y que se fuera apaciblemente, pacíficamente, sin dar las
[gracias,
a las ardientes entrañas de la tierra.

¿Fue cobardía no matarla?
35 ¿Era una perversidad que deseara hablarle?
¿Era humilde sentirme tan honrado?
Porque me sentí muy honrado.

Pero seguían las voces:
«Si no hubieras tenido miedo, la habrías matado».

40 Y es verdad que tuve miedo, mucho miedo,
pero incluso así me sentía aún más honrado
porque hubiera buscado mi hospitalidad
viniendo de las oscuras puertas de la secreta tierra.

Bebió lo suficiente
45 y levantó su cabeza con sopor, como alguien ebrio,
e hizo vibrar su lengua como noche bífida en el aire, tan negra,
como si quisiera relamerse,
y, examinando como un invisible dios alrededor al mismo aire,
giró lentamente la cabeza
50 y lentamente, muy lentamente, como en profundo sueño,
comenzó a dibujar su lento, sinuoso y alargado camino
hacia la escarpada pendiente de mi muro
y mientras metía su cabeza en ese horrible agujero
y empezaba poco a poco a escalar, moviendo con cuidado su
[espalda, y entrando un poco más,
55 una especie de horror, una suerte de protesta contra su
[reclusión en ese hórrido y tenebroso agujero,
contra su determinación de ir hacia la oscuridad y arrastarse
[hacia ella lentamente,
se apoderó de mí ahora que me había dado la espalda.

Miré alrededor, posé mi cántaro,
 cogí un tosco leño
 60 y lo tiré con estrépito al abrevadero.

Creo que no le di,
 pero súbitamente la parte de ella que aún no había entrado se
 [convulsionó
 con odio nada digno,
 se retorció como un relámpago y se metió
 65 en el negro agujero, la grieta con labios de tierra en el muro,
 al que me quedé mirando con fascinación en medio del
 [intenso y tranquilo mediodía.

E inmediatamente lo lamenté.
 Pensé qué mezquino, qué vulgar, qué miserable.
 Me desprecié a mí mismo y a las voces de mi maldita
 [educación.

70 Y pensé en los albatros
 y deseé que regresara mi serpiente.
 Porque me volvió a parecer un rey,
 un rey en el exilio, sin corona en el submundo,
 y que ahora debía otra vez ser coronado.
 75 Y así perdí mi oportunidad con uno de los señores
 de la vida.
 Y ya tengo algo que expiar:
 la pobreza de espíritu.

GENCIANAS DE BAVIERA

No todo el mundo tiene gencianas en su casa
 en el suave septiembre, por los lentos y tristes días de San
 [Miguel.

Gencianas de Baviera, grandes y oscuras, sólo oscuras
 oscureciendo la antorcha del día en el azulado humo del
 [sombrió Plutón,

5 ribeteadas y parecidas a antorchas con su llamarada de
 [oscurecido y
 esparcido azul
 alisándose en puntos, alisado y barrido por el blanco día,
 flor antorcha de la oscuridad de humo azul, deslumbramiento
 [azul oscuro
 Plutón,
 10 negras lámparas en los zaguanes de Día, azul oscuro
 [ardiendo,
 dan oscuridad, azul oscuridad, como dan luz las pálidas
 [lámparas
 de Deméter,
 llevadme, guiadme.

Conseguidme una genciana, dadme una antorcha.
 15 Dejadme que me guíe con la antorcha bífida y azul de esta flor
 al bajar las escaleras cada vez más oscuras, donde se oscurece
 [el azul
 en lo azul,
 incluso donde camina, como ahora, Perséfone desde el frío
 [septiembre
 hasta el reino invisible donde abre la oscuridad los ojos a lo
 [oscuro
 20 y la misma Perséfone es sólo una voz
 o una oscuridad invisible envuelta en lo oscuro más profundo
 de los brazos de Plutón, y atravesada por la pasión de las
 [densas tinieblas,
 entre el esplendor de las antorchas de la oscuridad,
 [derramando oscuridad
 en la novia perdida y en su prometido.

T. S. ELIOT

(1888-1965)

Nació en Saint Louis, Missouri, y estudió en Harvard, París (la Sorbona) y Oxford. Conoció a Pound en Inglaterra, en 1914, y fue él quien le animó a instalarse definitivamente allí. Fue profesor de bachillerato durante un breve temporada —trabajo que le dejaba extenuado— y después empleado de banca —al parecer era un eficiente cumplidor de sus obligaciones laborales—. En 1925 pasó a dirigir Faber & Faber desde la que, junto con la revista *The Criterion* (1922-1939), ejerció una influencia enorme en la cultura literaria inglesa, especialmente en el apoyo, junto a Pound, de una poesía que configura lo que los anglosajones llaman el *movimiento moderno*, es decir, la poesía —y narrativa también— que siguió las innovaciones vanguardistas, pero con sólidos asientos en la tradición. En 1927, Eliot se convirtió en ciudadano británico y miembro de la Iglesia anglicana.

Su obra poética no es extensa y se reduce, entre otros, a los siguientes libros (algunos, en realidad, son un solo y largo poema): *Prufrock and other Observations* (1917), *Poems* (1919), *The Waste Land* (1922), *The Hollow Men* (1925), *Ash-Wednesday* (1930) y *Four Quartets* (1935-1942). Además de su obra dramática —*Murder in the Cathedral* (1935) es su obra de teatro más representativa— es decisiva y fundamental su obra crítica, un complemento esencial de su obra poética y una de las más profundas reflexiones sobre la literatura inglesa y europea, y la cultura en general, que se han escrito en este siglo, y no sólo en el ámbito de la lengua inglesa. Recibió el premio Nobel en 1948 y la Orden de Mérito (*Order of Merit*) de la monarquía inglesa. El astro Eliot empezó a decaer con la llegada de los poetas de los 50 —Larkin *et alia*— y hoy no ejerce una influencia visible sobre los poetas más jóvenes aunque no hay nadie entre ellos que se haya atrevido a desautori-

zarle. Eliot es un clásico del siglo XX, es decir, su permanencia está asegurada; y no olvidemos que con los clásicos se debe discutir y se les debe pedir permiso para poder seguir subsistiendo después de ellos. Admirar a Eliot —o a cualquier otro poeta relevante— no quiere decir imitarle o convertir en ortodoxia su legado. Se puede admirar a un gran escritor y escribir en otra dirección distinta de la suya. La poesía inglesa necesitaba salir de los márgenes del llamado *modernismo* y es lo que ha hecho. Pero los más inteligentes de los jóvenes son *eliotianos* incluso sin saberlo. Los clásicos se cuelan por todas partes: por eso son clásicos.

De «LOS HOMBRES HUECOS»

(Fragmento)

Ojos que no me atrevo a encontrar en sueños
 en el reino soñado de la muerte
 los que no aparecen:
 allí los ojos son
 5 luz de sol sobre columnas rotas
 allí se balancea un árbol
 y están las voces
 cantando con el viento
 más distantes y más solemnes
 10 que una estrella desvanecida.

No me dejes estar más cerca
 en el reino soñado de la muerte
 déjame llevar asimismo
 esos deliberados disfraces
 15 abrigo de rata, piel de cuervo, duelas entrecruzadas
 en un campo comportándose como se comporta el viento
 no más cerca—
 No ese encuentro final
 en el reino del atardecer.

EL VIAJE DE LOS REYES MAGOS

«Hemos tenido una fría llegada,
 sin duda la peor época del año

- para emprender un viaje, y más tan largo viaje:
 profundos los caminos e inhóspito el clima,
 5 la verdadera muerte del invierno.»
 Y los camellos irritados, con los pies doloridos, refractarios,
 tumbándose sobre la nieve derretida.
 Hubo un tiempo en que añorábamos
 los palacios veraniegos en las laderas, las terrazas,
 10 y las chicas de seda trayendo los sorbetes.
 Luego los camelleros maldiciendo y gruñendo
 y escapándose, y esperando el licor y las mujeres,
 y apagándose las hogueras de la noche, y la falta de refugios,
 y las ciudades hostiles y los pueblos esquivos
 15 y las sucias aldeas que piden altos precios:
 fue un tiempo muy duro.
 Al final preferimos viajar toda la noche,
 durmiendo a ratos,
 con las voces cantando en nuestros oídos, diciendo
 20 que todo era una locura.
- Entonces descendimos al amanecer a un valle tranquilo,
 húmedo, bajo una línea de nieve, con olor a vegetación,
 con un río y un molino golpeando la oscuridad,
 y tres árboles en un cielo bajo.
 25 Y un blanco y viejo caballo galopaba en la pradera.
 Después llegamos a una taberna con hojas de parra en el
 [dintel,
 seis manos en una puerta abierta jugándose a los dados
 [monedas de plata,
 y unos pies pisoteando pellejos sin vino.
 Pero no hubo información, así que continuamos
 30 y llegamos al atardecer, no un momento suficientemente
 [temprano
 para encontrar el lugar; fue (puedes decirlo) satisfactorio.
- Todo esto fue hace mucho tiempo, recuerdo,
 y lo volvería a hacer, pero escribe
 escribe esto
 35 esto: ¿hicimos todo ese viaje para

- Nacer o Morir? Hubo un Nacimiento, es verdad,
 tuvimos la evidencia y ninguna duda. He visto nacimiento y
 [muerte,
 pero había pensado que eran diferentes; este Nacimiento fue
 una dura y amarga agonía para nosotros, como una Muerte,
 [nuestra
 muerte.
 40 Regresamos a nuestros lugares, esos Reinos,
 pero ya no a gusto aquí, en la vieja administración,
 con una gente extraña aferrada a sus dioses.
 Hubiera preferido otra clase de muerte.

EL CULTIVO DE LOS ÁRBOLES DE NAVIDAD

- Hay muchas actitudes hacia la Navidad,
 algunas de las cuales podemos desatender:
 la amistosa, la apática, la manifiestamente comercial,
 la ruidosa (los bares abiertos hasta la medianoche),
 5 y la infantil —que no es la del niño
 para quien la vela es una estrella, y el dorado ángel
 desplegando sus alas en la copa del árbol
 es sólo un adorno, sino un ángel.
 Al niño le maravilla el Árbol de Navidad:
 10 dejad que perdure ese espíritu de asombro
 en la Fiesta como un acontecimiento no aceptado como
 pretexto.
 De modo que el resplandeciente arrobo, el entusiasmo
 del primer Árbol de Navidad recordado,
 de modo que las sorpresas, el deleite en nuevas posesiones
 15 (cada una con su aroma peculiar y excitante),
 la expectación ante el pavo o el pato
 y el esperado asombro ante su aparición,
 de modo que la reverencia y la alegría
 no pueden olvidarse en futuras experiencias,
 20 en la monótona costumbre, la fatiga, el tedio,
 la conciencia de la muerte, la conciencia del fracaso,

o en la piedad del convertido
 que puede ser tentado por la presunción
 irrespetuosa con los niños y nada agradable a Dios
 25 (y ahora recuerdo también con gratitud
 a santa Lucía, sus villancicos y su corona de fuego):
 de modo que antes del fin, la enésima Navidad
 (*enésima* quiere decir cualquiera que sea la última)
 los acumulados recuerdos de la emoción anual
 30 pueden concentrarse en una gran alegría
 que será también un gran miedo, como en la ocasión
 en que el miedo llegó a todas las almas:
 porque el comienzo nos recordará el final
 y la primera llegada la segunda llegada.

PAISAJES

I. NEW HAMPSHIRE

Voces infantiles en el huerto
 entre el tiempo del florecimiento y el de los frutos:
 copas doradas, carmesíes ramajes
 entre las raíces y las verdes yemas.
 5 Negras alas, pardas alas, revolotead;
 veinte años y ya no está la primavera;
 actuales dolores, futuras aflicciones.
 Hojas luminosas, protegedme.
 Ramas doradas, alas negras,
 10 agarraos, meceos,
 surgid, cantad,
 alcanzad el manzano.

II. VIRGINIA

Río rojo, río rojo,
 calor que fluye lentamente es silencio.

15 Ningún deseo es tranquilo como un río
 tranquilo. ¿Se moverá el calor
 sólo a través del pájaro
 que oímos una vez? Esperan
 apacibles colinas. Umbrales esperan. Árboles púrpura,
 20 árboles blancos, esperan, esperan,
 se demoran, decaen. Vivir, vivir,
 nunca moverse. Siempre en movimiento
 vinieron conmigo pensamientos de hierro
 y se van conmigo:
 25 río rojo, rojo, rojo.

III. USK

No rompas de repente la rama, o
 espera hasta encontrar
 el blanco ciervo detrás del blanco pozo.
 Deja de mirar, no por la lanza, no despiertes
 30 viejos encantamientos. Déjalos dormir.
 «Sumérgete suavemente, pero no toques fondo»,
 alza tu mirada
 a donde los caminos se pierden y reaparecen
 busca sólo allí
 35 donde la luz gris se funde con el aire verde
 la capilla de hormigas, la oración del peregrino.

IV. RANNOCH, POR GLENCOE

Aquí el cuervo pasa hambre, aquí el paciente venado
 sigue vivo para el rifle. Entre el suave brezal
 y el suave firmamento, apenas un lugar
 40 para saltar o elevarse. Se desmorona la sustancia, luna fría
 o luna calurosa en el fino aire. Es sinuoso el camino
 con indiferencia de viejo enfrentamiento,
 clamor de confusos errores que propicia
 el silencio. La memoria es fuerte

45 más allá de los huesos. Se ha roto el orgullo,
la sombra del orgulloso es alargada, en el largo desfiladero
no hay concurrencia de huesos.

V. CAPE ANN

Oh, deprisa, deprisa, deprisa, escucha deprisa el canto del
[gorrión,
el gorrión del pantano, el gorrión del zorro, el gorrión de la
[vispera
50 al amanecer y al atardecer. Sigue al mediodía
el baile del jilguero. Deja a su suerte
a la tímida curruca. Celebra
con chillones silbidos el canto de la codorniz, la perdiz
escondiéndose en los arbustos de laurel. Sigue el vuelo
55 de la flecha danzante, del púrpura vencejo. Saluda
en silencio al murciélago. Todos son deliciosos. Dulce dulce
[dulce
pero renuncia a esta tierra al final, cédela
a su verdadero propietario, el más resistente, la gaviota.
La palabrería ha llegado a su fin.

EAST COKER

(Fragmento)

Le dije a mi alma, tranquilízate y deja que lo oscuro se
acerque a ti,
será la oscuridad de Dios. Como en el teatro
se apagan las luces para cambiar el escenario
5 con un hueco ruido de alas, con un movimiento de
oscuridad en lo oscuro,
y sabemos que árboles y colinas, el lejano
panorama
y la audaz e imponente fachada desaparecen;
10 o como cuando se detiene el metro demasiado tiempo

entre dos estaciones
y puedes oír las conversaciones que luego lentamente se
[desvanecen
y ves en cada rostro ahondarse el vacío mental
sólo abandonando el creciente terror de nada en que pensar;
15 o como cuando, anestesiada, la mente es consciente pero
[consciente de nada.
Dije a mi alma, tranquilízate, y espera sin esperanza
porque la esperanza será esperanza del error; espera
sin amor
porque el amor será el amor del error; y, sin embargo, hay fe
20 pero la fe y el amor y la esperanza están en la espera.
Espera sin pensamiento, porque aún no estás listo para el
[pensamiento:
así la oscuridad será la luz, y la quietud la danza.
Susurro de aguas que corren, y relámpagos invernales.
El tomillo invisible y las fresas salvajes,
25 la risa en el jardín, eco de un éxtasis
no perdido, pero solicitando, apuntando a la agonía
del nacimiento y la muerte.
Dices que repito
algo que ya he dicho antes. Lo diré de nuevo.
30 ¿Lo diré de nuevo? Para llegar allí,
para llegar a donde tú estas, para llegar desde donde no estás,
tienes que recorrer un camino donde no hay éxtasis.
Para llegar a lo que no sabes
tienes que recorrer un camino que es el camino de la
[ignorancia,
35 para poseer lo que no posees,
tienes que recorrer el camino de la desposesión.
Para llegar a lo que no eres,
tienes que atravesar el camino en el que no estás.
Y lo que conoces es lo único que conoces
40 y lo que tienes es lo único que tienes
y donde estás es donde no estás.
[...]
Así que aquí estoy, en mitad del camino, pasados veinte años,

veinte años completamente gastados, los años de *l'entre deux*
 [guerres,
 intentando aprender a usar las palabras, y cada intento
 45 es un nuevo y completo comienzo, y un diferente tipo de
 [fracaso
 porque uno sólo ha aprendido a obtener lo mejor de las
 [palabras
 para lo que uno ya no tiene que decir, o para la manera en que
 uno ya no está dispuesto a decirlo. Y así cada aventura
 es un nuevo comienzo, una incursión en lo inarticulado
 50 con andrajoso equipamiento siempre deteriorándose
 en el general desorden e imprecisión del sentimiento,
 indisciplinadas escuadras de la emoción. Y lo que hay que
 conquistar
 por la fuerza o el sometimiento, ya ha sido descubierto
 55 una o dos veces, o muchas veces, por hombres a los que no
 [se aspira
 a emular —pero no es una competición—.
 Sólo se trata de la lucha por recuperar lo que se ha perdido
 y encontrado y perdido una y otra vez: y ahora, bajo
 [condiciones
 que parecen poco propicias. Pero quizás nadie gane o pierda.
 Para nosotros, sólo está el intento. El resto no es asunto
 [nuestro.

WILFRED OWEN

(1893-1918)

Wilfred Owen nació en Oswestry, en la región de Shropshire, en una familia venida a menos que se vio obligada de la noche a la mañana a cambiar su casa confortable, de familia acomodada, por otra mucho más modesta en un barrio sin lustre. Owen fue preparado por su madre para prolongar su celo religioso y para restablecer algún día la prosperidad perdida.

Los sueños maternos se desvanecieron cuando Owen entró progresivamente en crisis con la Iglesia y el papel que ésta desempeñaba en la sociedad de su tiempo. Owen sabía algo de esos asuntos, puesto que había trabajado como ayudante del vicario de Dunsden, en la región de Oxford. Desengañado, y compasivamente marcado por los sufrimientos de los pobres y al borde de una crisis de nervios, se fue a enseñar inglés en la Berlitz School de Burdeos. Cuando observó con sus propios ojos los heridos de la guerra recientemente declarada, decidió inmediatamente volver a Inglaterra y alistarse. Fue al frente, y volvió a Inglaterra herido. En el hospital de Edimburgo conoció a Siegfried Sassoon, que fue muy importante para él porque le enseñó cómo escribir una poesía de *guerra* con un lenguaje más directo y coloquial, despojado de las adherencias más inertemente románticas, un lenguaje, pongamos, más *hardyano* que *keatsiano*. Una vez repuesto y dado de alta, volvió al frente, fue condecorado por su valor, y murió en plena lucha poco antes del armisticio.

La mayoría de sus poemas —que en total son muy pocos: murió, no lo olvidemos, a los veinticinco años— fueron escritos entre el verano de 1917 y el otoño del año siguiente, entre su primera convalecencia y su retorno al frente antes de morir. Sólo cinco de sus poemas fueron publicados en vida, sin apenas repercusión. No obstante, su reputación creció

en seguida en cuanto Edmund Blunden editó sus poemas en 1931, y poetas tan influyentes como Larkin lo han tenido siempre entre sus favoritos. Por su parte, el compositor Benjamin Britten utilizó sus poemas para su «War Requiem».

La poesía de Owen sobresale por su áspero realismo y por esa sensación de muerte pegajosa servida en un molde poderoso e imaginativo, sacudidor y trágico. Pero también hay en ella esas delicadas y terribles nostalgias que laceran al lector porque le recuerdan una de las sustancias de las que está hecha incesantemente la vida.

HIMNO PARA LA JUVENTUD CONDENADA A MORIR

¿Por qué repican las campanas por los que mueren como
[animales?

Sólo la monstruosa rabia de las pistolas,
sólo el castañeteo rápido de las ametralladoras
pueden chapurrear sus apresuradas oraciones.

5 No quiero bromas ahora para ellos; ni tampoco oraciones
[ni campanas,

ni ninguna voz que lllore salvo la de los coros,
los estridentes y dementes coros de las granadas condolidas
y la de los oboes que los recuerdan en los tristes condados.

¿Qué velas encender para despedirlos?

10 No en las manos sino en los ojos de los jóvenes
brillarán las sagradas lucecitas del adiós.
La palidez de las jóvenes será su palidez;
y sus flores la ternura de las almas pacientes
y cada lento atardecer unos postigos que se cierran.

LA DESPEDIDA

Por estrechos y oscuros caminos iban cantando
hacia los barracones apartados,
y subieron al tren con rostros de lúgubre alegría.

5 No se separaban sus pechos de guirnaldas y ramilletes
como lo hacen los hombres, muertos.

- Sombríos maleteros los miraban y un despreocupado
[vagabundo
clavó en ellos su atónita mirada,
apenado por que se fueran de aquellos mesetarios
[campamentos.
Se quedó quieto entonces, hizo señas con la cabeza, y una
[lámpara
10 parpadeó sobre un centinela.
- Muy discretamente, como agravios silenciados, se fueron.
No eran los nuestros:
nunca habíamos oído hablar del frente que era su destino.
- Ni si allí aún se burlan del gesto de las mujeres
15 que les obsequiaron con flores.
- ¿Volverán para hacer redoblar las grandes campanas
en trenes atestados y salvajes?
Pocos, muy pocos, demasiado pocos, a rastras y silenciosos,
en medio de gritos y charangas, regresarán
20 a los pozos de sus pueblos tranquilos
por caminos ya casi desconocidos.

EL ESPECTÁCULO

- Miraba mi alma desde una vaga altura, con la Muerte,
como si no recordara cómo y por qué me había levantado,
y vio una triste tierra, hambrienta, débil, sudorosa,
gris, con cráteres lunares y un hueco dolor,
5 y con las costras y picaduras propias de las pestes.
Arrastrando su barba, ese horror de crueles alambradas,
desenroscándose lentamente avanzaban delgadas orugas.
Parecía que las movía la intención de poder taponar
las zanjas donde se encogían y retorcían los muertos.

- 10 A su paso habían dejado pegajosos senderos restregándose
alrededor de miles de verrugas que hubieran podido ser
[pequeñas colinas.
Muy al atardecer se arrastraban estas alargadas criaturas
y se escondían al amanecer en los ocultos agujeros.
(Y un olor vino de estas asquerosas aberturas
15 como si fueran bocas, o profundas heridas cada vez más
[profundas.)
Sobre pies temblorosos se amontonaban más y más
hileras oscuras, tirando a gris a veces, con púas erizadas,
todas emigrantes de las verdes praderas absortas en el fango.
- Las de color gris, con mayor número de huevas,
20 treparon sobre el resto y las comieron y fueron comidas.
Vi sus espaldas doblarse, enroscarse y estirarse
y vi esas agonías retorcerse, elevarse y desplomarse.
Con el terror que significaba todo lo que vi
me tambaleé y caí y me estremecí como una pluma.
- 25 Y como un hondo lamento, cayó la Muerte conmigo.
Y, con la forma de un gusano que había medio escondido
sus heridas en la tierra, sin arrastrarse más,
me enseñó sus pies, los pies de muchos hombres,
con la cabeza recién cortada, mi cabeza.

R. S. THOMAS

(1913)

Nació en Cardiff, Gales, y pronto se propuso aprender galés y entroncar con las tradiciones literarias galesas, aspectos ambos que han sido fundamentales en su vida y en su obra. En esa lengua se comunicó con los fieles durante el desempeño de su sacerdocio durante tantos años y años en distintas localidades del País de Gales. Sin embargo, aunque buena parte de su obra en prosa, incluyendo su autobiografía, está escrita en galés, toda su poesía la escribió en inglés, su lengua materna.

Su poesía está sujeta a escenarios y tipos humanos rurales en los que la brutalidad o la aspereza, o el atónito desamparo, se mezclan con la necesidad de encontrar un agarradero para sobrellevar la vida. La mirada entre compasiva y crudamente descriptiva de Thomas es una de las razones de la fuerza de su poesía, junto con ese dramático telón de fondo en el que caben trémulas interrogaciones que parecen querer desplegar una oscura sombra sobre los fundamentos de las creencias religiosas, incluso por parte de quien más se ve obligado a compartirlas y a difundirlas. Es decir, nada de candidez religiosa, ni de idealismo rural, ni de angélicos brillos celestiales cayendo sobre las cabezas de los buenos campesinos dispuestos a creer siempre en Dios. Pero sí, a la vez, una especie de persistente piedad sacada del fondo de un corazón que tiene que creer y cree. R. S. Thomas: un excelente poeta, uno de esos que imponen su voz poco a poco, por encima de las habituales incomprensiones que suelen perseguir a los poetas que se mueven al margen o en los márgenes, y dedicar toda una vida a ser cura anglicano en Gales ya es de por sí todo un pletórico arrinconamiento.

Los *Collected Poems* de Thomas aparecieron en 1993 con motivo de su 80 aniversario y no en vano —las afinidades electivas— ha editado los poemas del gran Edward Thomas, de G. Herbert y de W. Wordsworth.

UN CAMPESINO

Iago Prytherch su nombre, aunque, aceptémoslo,
sólo un hombre vulgar de las calvas colinas de Gales
que encerraba unas pocas ovejas en un claro de nubes.
Cogiendo remolachas, quitando la verde piel
5 de los huesos amarillos con un gesto de satisfacción
casi ingenioso, o removiendo la árida tierra
hasta un rígido mar de nubes que destellaban en el viento.
Así pasa sus días, su ensalivada risa
más rara que el sol que agrieta las mejillas
10 de un desabrido cielo tal vez una vez a la semana.
Y luego por la noche miradle clavado en su silla
sin moverse, excepto cuando se inclina a escupir en el fuego.
En el vacío de su mente hay algo que asusta.
Sus ropas, desgastadas por años de sudor
15 y contacto animal, desmienten su refinado
pero afectado sentido común y su rígida naturalidad.
Sin embargo este es tu prototipo: alguien que año
tras año contra el acoso de la lluvia y el desgaste del viento
conserva su ganado, una inexpugnable fortaleza
20 que ni siquiera demolerá el desorden de la muerte.
Recordadle porque, entonces, también él ha ganado la guerra
y resiste como un árbol bajo las curiosas estrellas.

EL CURA RURAL

Los veo trabajar en las viejas parroquias
 a la luz del sol o de las velas,
 hombres venerables, sus negros ropajes
 algo polvorientos, ligeramente verdes
 5 con santificado moho. Y, sin embargo, sus cráneos,
 madurando entre tantos feligreses,
 irán a parar a las mismas sepulturas
 que los palurdos y zopencos. No dejaron libros,
 memoriales de su solitario pensamiento
 10 en las grises parroquias; más bien escribieron
 en los corazones de los hombres y almas
 de los niños sublimes palabras
 demasiado pronto olvidadas. Dios en su tiempo
 o fuera del tiempo sabrá recompensarlos.

EN LA GRANJA

Se llamaba Dai Pew y no era bueno.
 Le pusieron a trabajar contando nabos
 y le quitaban el cuchillo cuando volvía a casa
 ya entrada la noche con una mueca
 5 que parecía una cuchillada en su cara.

Se llamaba Llew Puw y no era bueno.
 Cada tarde, después de estar arando
 con el gran tractor, se sentaba en su silla
 y miraba fijamente el fuego del jardín
 10 abriendo como un caracol sus lentos labios.

Se llamaba Huw Puw, también. ¿Y qué decir?
 Le he oído silbar entre los setos
 una y otra vez, como si el invierno
 nunca fuera a dejar estos campos
 15 y todos los árboles estuvieran mal hechos.

Y, por último, también había una chica
 con la belleza de un enigmático animal.
 Era su pálido rostro la linterna
 con la que leía en el libro oscuro de la vida
 20 la estridente sentencia: Dios es amor.

ELLOS

Los cojo de la mano,
 de sus duras manos. No hay amor
 en mi gesto, sólo una decidida
 gentileza. Pobres hombres
 5 de pueblo, modestos
 propietarios, traen taciturnos
 a mi puerta trasera todas sus penas
 y se quedan callados. Viéndolos
 en el viento al halo
 10 de la luz, y contemplando
 sus ojos empañados, sé
 por qué gritan: les ha vencido
 aquel contra el que quisieron enfrentarse.
 Día a día el cielo se refleja
 15 en el agua, y el agua
 en el cielo. Me hago cargo
 día a día de sus luchas y hago más
 sus culpas. ¿Cómo servir así
 al ser que ellos han dejado fuera
 20 de sus casas, de sus mentes, de su vida?

PORQUE

Te alabo porque envidio tu habilidad
 para ver esas cosas: las ciegas manos
 de los viejos peinando luz de sol

- por piedad; el zorro hambriento
 5 y el obeso gatito; la forma como el mundo
 se digiere a sí mismo y restriega
 la delgada llama. Van al burdel
 los jóvenes y se hacen monjas
 las niñas, y una campana tañe.
 10 Los virus se instalan en la sangre.
 Reina el polvo en los sucios
 imperios y en las bibliotecas
 de poetas. En la tumba del amor
 se marchitan las flores. Así es
 15 la vida que tus ojos contemplan
 sin llorar y te es tan querida
 la noche como el día.

LA LLEGADA

- Y Dios sostenía en su mano
 un globo pequeño. Mira, dijo.
 Miró el hijo. Como a través de agua
 vio a lo lejos tierra calcinada
 5 de un intenso color. Abrasaba
 la luz; agrietados edificios
 daban sombra; una serpiente
 luminosa, un río tranquilo radiante
 con su légamo.
 10 Un árbol desnudo
 en una colina desnuda ponía triste
 al cielo. Mucha gente
 extendía sus brazos
 hacia allí como esperando
 15 que un abril acabado
 regresara a sus ramas
 cruzadas. El hijo
 las miró y dijo: «Déjame ir».

DYLAN THOMAS

(1914-1953)

Nació en Swansea, Gales, un lugar y un paisaje que, mitologizados por la duradera estela de una felicidad infantil, fundamentalmente estival, planean sobre buena parte de su obra: «La pelota que lancé cuando jugaba en el parque / aún no ha caído al suelo».

Publicó muy pronto su primer libro y también muy pronto se embarcó en una vida londinense que empezó a ganarse con el periodismo, con su trabajo en la radio —acabó teniendo un puesto fijo en la BBC— y que dilapidaba en sus inagotables juergas en los bares de la noche. Su éxito como poeta fue fulminante y su dominio en los recitales era al parecer formidable; un seductor con una gran voz encantadora e hipnótica. Como una estrella precoz de las letras, hizo varios viajes a EE.UU. para leer y dar conferencias, y fue allí, durante su cuarto y último viaje, donde murió, en Nueva York, después de una descomunal borrachera. Poco antes de morir, pudo participar en la lectura pública de *Under Milk Wood*, una curiosa obra dialogada marcadamente influida por Joyce y por la poesía de la que era capaz el propio Thomas, un delicado inventor, más que de gentes, de hablas y de mágicas recreaciones o invocaciones de los enseres de la vida corriente.

Su poesía controvertida, poco valorada entre las hornadas más recientes de poetas ingleses, está marcada por el don de un lirismo incontestable, garantía habitual de un poeta verdadero, y por un aparente derroche verbal influido por las torrenteras irracionalistas y por los ecos de la poesía romántica inglesa. Frente a lo que pudiera parecer, Thomas era un poeta que, a pesar de su acreditada reputación de borracho, trabajaba intensamente los borradores de sus poemas (hubo trescientos de su muy conocido poema «Fern Hill») y calculaba meditadamente los embrujos métrico-rítmicos que entretejen su poesía aparentemente caótica.

LA FUERZA QUE POR EL VERDE TALLO MUEVE
A LA FLOR

La fuerza que por el verde tallo mueve a la flor
mueve mis verdes años; la que socava la raíz de los árboles
también me destruye a mí.

5 Y estoy mudo para decir a la rosa doblada
que a mi juventud la dobla la misma fiebre invernal.

La fuerza que mueve el agua entre las rocas
mueve mi sangre roja; la que seca las ruidosas corrientes
convierte en cera la mía.

10 Y estoy mudo para decir con mi boca a mis venas
cómo la misma boca sorbe agua del alto manantial.

La mano que hace arremolinarse el agua en el estanque
agita la arena; la que amarra el viento desatado
hala mi sudario velero.

15 Y estoy mudo para decir al ahorcado
cómo está hecha de mi arcilla la arcilla del verdugo.

Los labios del tiempo sorben del manantial que nace.
El amor gotea y se reúne, pero la sangre caída
calmará su dolor.

20 Y estoy mudo para decir al viento
cómo el tiempo ha marcado un cielo alrededor de las estrellas.

Y estoy mudo para decirle a la tumba de la amada
cómo en mis sábanas avanza el mismo gusano encorvado.

POEMA DE OCTUBRE

Mi trigésimo año en dirección al cielo
 despertó en mi oído desde el puerto y el bosque cercanos
 y charcas con garzas y mejillones
 en la playa sacerdotal
 5 el saludo de la mañana
 con oraciones de agua y llamadas de grajos y gaviotas
 y el ruido de los veleros en la pared de las redes y membranas
 me hizo levantarme
 en el instante
 10 en el que aún dormía la ciudad y comencé a andar.

Mi cumpleaños comenzó con aves
 de mar y pájaros de árboles alados volando mi nombre
 sobre granjas y los caballos blancos
 y me levanté
 15 en la lluvia otoñal
 y salí a pasear en medio de la lluvia de todos los días.
 Marea alta y buceaban las garzas cuando cogí el camino
 de la orilla
 y las puertas
 20 de la ciudad se cerraron cuando la ciudad despertó.

Una primavera de alondras en una nube rodante
 y los matorrales del camino rebosan de silbidos de mirlos
 y un sol de octubre
 estival
 25 sobre el hombro de la colina,
 aquí donde climas favorables y dulces cantantes de repente
 vienen por la mañana en que paseaba y escuchaba
 a la lluvia escurrirse
 y al viento soplar frío
 30 en el bosque lejano que pisaban mis pies.

Pálida lluvia sobre el puerto menguante
 y sobre la iglesia húmeda junto al mar un caracol

con sus cuernos por el castillo y la niebla
 oscuro como lechuzas
 35 pero todos los jardines
 de primavera y verano florecían en los altos cuentos
 en lejanas fronteras y bajo una nube llena de alondras.
 Allí me maravilló
 mi cumpleaños
 40 lejos pero de repente el tiempo cambió.

Regresó del país del contento
 y por otro aire y un cielo alterado de azul
 derramó de nuevo una maravilla de verano
 con manzanas
 45 peras y grosellas rojas
 y vi tan claramente en el cambio las mañanas
 olvidadas de un niño cuando paseaba con su madre
 por las parábolas
 de la luz del sol
 50 y las leyendas de las capillas verdes

y los dos veces cortados campos de la infancia
 que sus lágrimas quemaron mis mejillas y su corazón latía
 [en el mío.

Así eran los bosques, el río y el mar
 donde un muchacho
 55 al escuchar
 el verano de los muertos susurraba la verdad de su alegría
 a los árboles y a las piedras y a los peces en el mar.
 Y el misterio
 cantaba vivo
 60 todavía en el agua y en los pájaros cantores.

Y me maravilló mi cumpleaños
 lejos pero el tiempo cambió. Y la verdadera
 alegría del niño muerto hace tiempo cantó
 ardiendo en el sol.

- 65 Era mi trigésimo año
 hacia el cielo en un mediodía de verano
 aunque la ciudad yaciera más abajo con hojas de la sangre
 [de octubre.
 Ojalá pudiera cantar todavía
 la verdad de mi corazón
 70 en esta alta colina dentro de un año.

EN MI OFICIO U HOSCO ARTE

- En mi oficio u hosco arte
 ejercido en la noche tranquila
 cuando únicamente se enfurece la luna
 y yacen los amantes en la cama
 5 con todas sus tristezas en sus brazos.
 Trabajo junto a una luz que canta
 no por ambición o pan
 o vanidad o aplausos
 en escenarios de marfil
 10 sino por el más vulgar salario
 de su más secreto corazón.
- No para los orgullosos solitarios
 de la luna enfurecida escribo
 en estas páginas de espuma de mar
 15 ni para los muertos celebérrimos
 con sus salmos y ruiseñores
 sino para los amantes, alrededor
 sus brazos de las penas del tiempo,
 que no paga salarios ni alabanzas
 20 ni hace caso de mi oficio o arte.

PHILIP LARKIN

(1922-1985)

Nació en Coventry y estudió en Oxford en los oscuros años de la guerra, que retrató en su novela *Jill* (1946). Trabajó como bibliotecario en distintas ciudades hasta instalarse en Hull, en cuya universidad desempeñó su oficio hasta su muerte. Vida austera y retraída la de Larkin, poco dado a las apariciones públicas, tímido tal vez debido a su tartamudez, ordenado en su vida diaria como un monje que sabe que sus días nunca cambiarán de rumbo. Y no por ello dejó de ser un poeta fundamental en su época, el más relevante y respetado, el que dejó un sello duradero en la poesía inglesa hasta hoy.

Su antimodernismo radical le hizo volverse sobre las raíces más inglesas, y por ello, tras una inicial influencia de W. B. Yeats, visible en su primer libro *The North Ship* (1945), cambió por Thomas Hardy, más adecuado para sus propósitos de utilizar una lengua conversacional dentro de moldes métricos rigurosos con el fin de expresar una experiencia de emociones y realidades cercanas a la vida corriente, como puede verse en sus libros posteriores: *The Less Deceived* (1955), *The Whitsun Weddings* (1964) y *High Windows* (1974). Sin embargo, nada más lejos de la poesía de Larkin que la trivialidad o el regodeo en minúsculas e irrelevantes particularidades de la vida privada. Sus mejores poemas son verdaderas y escrupulosas indagaciones sobre acontecimientos de todos los días transformados en succulentas meditaciones sobre los límites de la vida, la corrosión del tiempo, los esplendores ajados y perdidos, los aledaños irremediables de la muerte, cada vez más frecuentes y dominantes en la última poesía de Larkin. O sea, la poesía de Larkin es densa, grávida, y muy matizada en sus rincones y minúsculos detalles. También esa sensación de escrúpulo por el detalle da a su poesía una sensación de realismo, trascendido luego por su afán

de volar con los detalles hacia estratos más complejos y envolventes de la experiencia humana.

Para mí, un poema como «En la iglesia» singulariza bien lo mejor del arte de Larkin: en medio de una escena marcada por la cotidianidad, por una circunstancia trivial, se pone en marcha, sin alzar la voz, todo un despliegue de emociones y meditaciones que agrandan el panorama y nos llevan, sin alejarnos mucho de la vida normal, a territorios trascendidos, donde queda una sensación de ejercicio espiritual y emotivo de primer orden. El gusto de Larkin por el jazz —siempre un jazz de la vieja guardia, nada *vanguardista*— queda patente en su libro *All What Jazz* (1970) y sus ensayos literarios, fundamentales para conocer la gama de sus gustos y el alcance de sus objetivos, están recogidos en su libro *Required Writing* (1983).

LLEGANDO

En las tardes más largas,
una luz fría y amarilla
baña la serena
frente de las casas.

- 5 Canta un zorzal,
rodeado laurel
en el jardín vacío
y sobresalta a las paredes
su fresca y limpia voz.
- 10 Pronto será primavera,
pronto será primavera,
y yo, que he olvidado
el hastío de mi infancia,
me siento como un niño
- 15 que presencia una escena
de adultos reencuentros,
y no puede entender nada
excepto la insólita sonrisa
y empieza a ser feliz.

EN UNA IGLESIA

Cuando estoy seguro de que nada va a ocurrir,
entro, y cierro la puerta evitando hacer ruido.
Una iglesia más: piedra, esteras, bancos en hileras,

- y pocos libros; cientos de flores
 5 dominicales, ya lacias; madera y cobre arriba,
 junto al sagrario; el órgano pequeño y limpio;
 y un silencio mohoso, tenso e inocultable,
 hecho Dios sabe hace cuánto. Me quito el sombrero
 y después los biciclips con torpe reverencia,
- 10 avanzo y mojo mis dedos en la pila.
 Desde donde estoy, parece el techo casi nuevo,
 ¿limpiado, restaurado? Cualquiera lo sabe (yo no).
 Me subo al facistol y leo con atención
 temibles versículos con bravatas y pronuncio
 15 más alto de lo esperado la palabra *fin*.
 El eco sonrío brevemente. Vuelvo a la puerta,
 firmo en el libro, hago un pequeño donativo
 y pienso que es un lugar que no merece la pena.
- Pero decido quedarme: de hecho lo hago con frecuencia
 20 y siempre como ahora no sé muy bien qué hacer,
 y me pregunto qué es lo que busco y, también,
 cuando las iglesias estén en completo desuso,
 en qué las convertiremos, si conservaremos
 algunas catedrales en permanente exposición,
 25 bajo llave los cálices, bandejas y pergaminos
 y el resto regalado a ovejas y temporales.
 ¿Las evitaremos como a lugares caídos en desgracia?
- ¿O, ya de noche, mujeres sospechosas vendrán
 para que toquen sus hijos esa piedra especial?
 30 ¿O a coger hierbas para el cáncer? ¿O a ver
 en noches indicadas los paseos de un muerto?
 Alguna clase de poder continuará habiendo,
 en juegos, acertijos, aparentemente al azar;
 pero la superstición, como la fe, morirá,
 35 ¿y qué quedará cuando la falta de fe se haya ido?
 Hierbas, maleza, zarzas, cielo, contrafuertes,

- una figura menos reconocible cada vez,
 un más oscuro propósito. Me pregunto quién
 será el último, de verdad el último, en buscar
 40 este sitio por lo que fue; ¿un eclesiástico
 que dé golpecitos y anote y sepa qué galerías con crucifijos
 [hubo?
 ¿Algún bebedor de ruinas, algún lujurioso de las
 [antigüedades,
 o adicto a la Navidad, contando en una bocanada
 togas-y-bandas y órganos-y-flautas y mirra?
 45 ¿O será él mi representante,
- alguien aburrido e ignorante, que sabe que el fantasmal cieno
 está desparramado, aunque busque la cruz del suelo
 entre la maleza suburbial porque contiene intacto
 durante tanto tiempo y regularmente lo que sólo puede
 50 encontrarse por separado —matrimonio, y nacimiento,
 y muerte, y pensamientos así—, el fin con el que se construyó
 este caparazón especial? Porque, aunque no tenga ni idea
 para qué pueda servir este caserón con olor a cerrado,
 me gusta permanecer en silencio aquí.
- 55 Una casa seria en una tierra seria es,
 en cuyo aire mezclado se juntan nuestras compulsiones,
 y se reconocen, y se visten como destinos.
 Y un sitio así nunca puede quedar obsoleto,
 puesto que cualquiera pudiera para siempre sorprender
 60 en sí mismo una necesidad de ser alguien más serio,
 y gravitar con eso sobre este suelo,
 en el que, según se decía, era fácil ser sabio,
 si sólo yacían alrededor todos esos muertos.

SOBRE LA HIERBA

Apenas discernirlos puede la mirada
 en la fresca sombra en la que se cobijan
 hasta que colas y crines desordena el viento.

Alguien corta entonces la hierba, y se mueve
5 —los demás sólo parecen mirar—
y vuelve otra vez al anonimato.

Hace quince años, sin embargo, tal vez
no muchos metros de distancia bastaban
para hablar de ellos: pálidas tardes
10 de Copas y Obstáculos y Premios,
donde sus nombres eran ingeniosamente inventados
para taracear Junios pálidos y clásicos—

al comienzo de seda: contra el cielo
números y parasoles: fuera,
15 escuadrones de coches vacíos, y calor,
y hierba con desperdicios; después el largo grito
que perdura hasta que desaparece
entre los carteles de noticias que hay en la calle.

¿Pueden los recuerdos zumbar como un moscardón en sus
[oídos?

20 Sacuden las cabezas. Caen las sombras del atardecer.
Verano tras verano todo desaparece,
las barreras de salida, los gritos y la gente—
todo, excepto las tranquilas praderas.
Viven sus nombres en almanaques pero

25 alguien los ha vuelto a poner con disimulo, y están tranquilos,
o galopan por la alegría debida
y no hay prismáticos que los acompañen,
ni un curioso reloj de meta profetiza:
sólo un mozo de cuadra, y su hijo
30 vienen con las bridas cuando atardece.

LAS BODAS DE PENTECOSTÉS

Ese día empezó el viaje con retraso:
no hasta

la una y veinte de un soleado sábado
arrancó mi tren las tres cuartas partes vacío,
5 bajadas todas las ventanillas, los asientos calientes,
la sensación de hacerlo todo apresuradamente.
Atravesamos las traseras de las casas, cruzamos
una calle con olor a puerto y deslumbradores parabrisas.
El cauce del río empezó a ensancharse entonces,
10 lugar de encuentro del cielo, el agua y Lincolnshire.

Durante toda la tarde, con el intenso calor que dormía
sierra adentro,
el viaje transcurrió por una curva interminable.
Pude ver grandes granjas, ganado expuesto al sol,
15 y canales con flotantes espumas industriales.
Un invernadero centelleó insólitamente: aparecían
los setos y desaparecían, y un olor alrededor a hierba
sustituía al tufo de los asientos entelados
hasta la próxima ciudad, nueva y no descrita,
20 que se acercaba con solares de desguazados automóviles.

Al comienzo, no me había dado cuenta del ruido
que hacían las bodas
en cada estación en que paraba el tren: destruye
el sol el interés de lo que ocurre en la sombra,
25 y los gritos y alaridos en los andenes fríos
los tomé por el jolgorio de unos mozos que jugaban a las
[cartas,
y seguí leyendo. Al arrancar, no obstante,
dejamos atrás chicas sonrientes y maquilladas,
con ropas trasnochadas, velos y tacones,
30 que nos miraban pasar con poses indecisas,

como si al final de una fiesta
 dijeran adiós ondeando las manos
 a algo que había sobrevivido. Sorprendido, la próxima vez
 me asomé en seguida, con más curiosidad,
 35 y volví a ver lo mismo con ciertas variaciones:
 padres con anchos cinturones bajo sus trajes
 y frentes arrugadas; gordas madres chillonas:
 un tío gritando obscenidades; y además las permanentes,
 los guantes de nailon y las bisuterías,
 40 los amarillos, malvas y ocres verde oliva

que irrealmente realizaban a las chicas sobre todo lo demás.

Sí, los banquetes de bodas
 en los cafés y en los grandes locales, o en los vagones
 próximos adornados con banderitas, esa clase de bodas
 45 están llegando a su fin. Durante el trayecto
 se subieron al tren jóvenes parejas: las demás se quedaron.
 Tiraron los últimos consejos y confetis,
 y, ya el tren en marcha, cada rostro parecía definir
 justo lo que vio al partir: niños cariacontecidos
 50 ante algo triste; padres que nunca habían visto

sucesos tan llamativos y completamente absurdos.

Las mujeres compartieron
 el secreto como un feliz funeral;
 mientras tanto las chicas, apretando sus bolsos,
 55 miraban fijamente a un hiriente clérigo. Libre al fin,
 y abrumado por la suma de lo que había visto,
 aceleró el tren hacia Londres entre gotas de vapor.
 Eran los campos ahora parcelas construidas, y daban
 los álamos largas sombras a las carreteras nacionales
 60 y, durante cincuenta minutos, que pudiera parecer

tiempo suficiente para ponerse el sombrero y decir

Estuve a punto de morir,

se subieron al tren unos doce matrimonios.
 Sentados unos junto a otros, miraban el paisaje

65 —un Odeón pasó, una refrescante torre,
 y alguien que corría hacia una bolera— y ninguno
 pensó del otro que ya no volverían a verse
 o de qué forma sus vidas retendrían este instante.
 Pensé en Londres tendido al sol,
 70 sus distritos parcelados como tierras de trigo:

allí nos esperaban. Y mientras cruzábamos
 brillantes nudos de raíles

delante de erguidos Pullmans, muros de negro moho
 se acercaron, y casi había terminado esta frágil
 75 coincidencia de viajero; y lo que había percibido
 estaba a punto de ser liberado con todo el poder
 que pueden dar los cambios. Aminoró el tren su marcha,
 y, mientras los frenos frenaban, una sensación
 de fracaso fue en aumento, como una lluvia de flechas
 80 lanzadas a ciegas, en un lugar donde empieza a llover.